



UNAM IZTACALA

Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Estudios Superiores Iztacala

"Ética y Epistemología en el Psicoanálisis"

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADO EN PSICOLOGIA
P R E S E N T A (N)

Raymundo Arteaga González

Directora: Dra. **Irene Aguado Herrera**

Dictaminadores: Dra. **Laura Palomino Garibay**

Lic. **José Antonio Mejía Coria**





Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

Primero a Dios, Olodumare, orun, olofin.

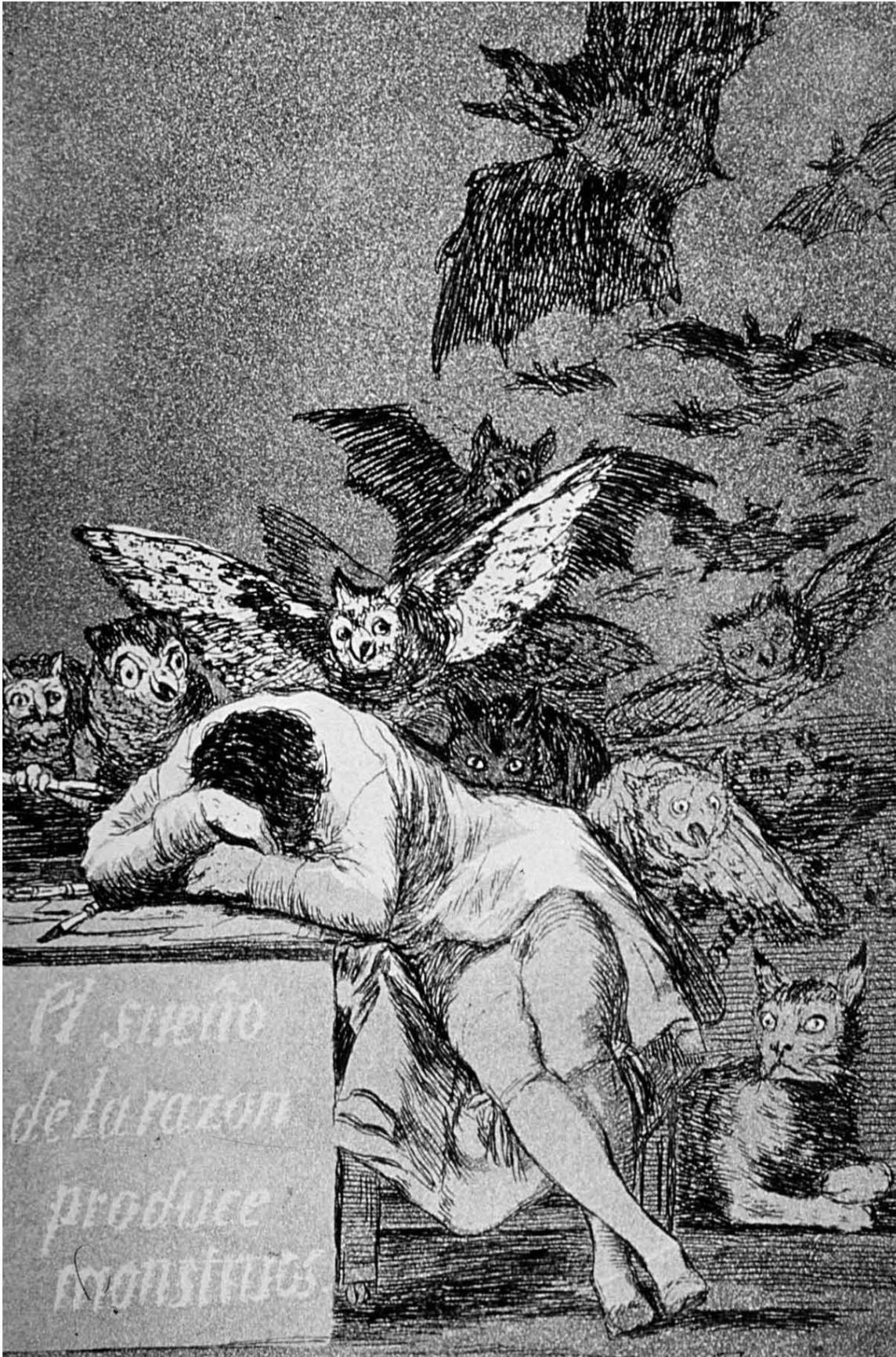
A todos los que estuvieron primero que yo y que sin ellos no estaría aquí, egungun y egun

A mis padres Raymundo Arteaga Hernández y María Isabel González Martínez

A mis hermanos Karla Isabel Arteaga González y Miguel Ángel Arteaga González

A todos aquellos amigos, maestros de escuela y de vida, a mi tutora Irene Aguado Herrera.

Y agradezco de manera especial a Jazmín Monserrat Pizaña Sánchez que me hizo reflexionar sobre mi vida, mis deseos, y mi ética, que gracias a ella logré dar sentido a gran parte de mi carrera, donde la parte sustancial de esta tesis le pertenecerá siempre.



ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

| | |
|----------------------------------------------------------------------------------|----|
| INTRODUCCIÓN..... | 1 |
| CAPITULO 1. DE LA EPISTEMOLOGÍA DEL PSICOANÁLISIS..... | 4 |
| CAPITULO 2. DE LA ÉTICA EN EL PSICOANÁLISIS..... | 18 |
| CAPITULO 3. DE LA CRÍTICA A UNA CIENCIA DEL DESEO..... | 26 |
| CAPITULO 4. CONCLUSIONES DE LA ÉTICA Y LA EPISTEMOLOGÍA EN EL PSICOANÁLISIS..... | 46 |
| BIBLIOGRAFIA..... | 55 |

“Como aquel caballero, de quien hablan las leyendas, que de pronto ve a un pájaro raro y se empecina en seguirlo, habiendo creído en un primer momento que estaba a punto de alcanzarlo...pero el pájaro escapa siempre, hasta que cae la noche y el caballero, lejos de los suyos, ya ignora su camino en la soledad: así es lo posible del deseo. En lugar de referir lo posible a la necesidad, el deseo lo sigue hasta perder el camino de regreso a sí mismo.”

Sören Kierkegaard en Tratado de la desesperación.

INTRODUCCIÓN

Abordar los temas de la ética, la epistemología y psicoanálisis, implica inicialmente comprender que el alcance de éstos va mucho más allá de un concepto cerrado y acabado, implica más bien partir de un análisis crítico, de una pregunta que nos guíe, y ésta para mí fue ¿Qué implicación ética se desprende de la epistemología del psicoanálisis? Y si podríamos hablar conjuntamente de éstas en congruencia. Lo que inicialmente me llevó a preguntarme respecto a la especificidad epistemológica del psicoanálisis, y más aun del autor de esta, Sigmund Freud, el genio, el artista, como dice Assoun (1981) “el barroco es por sí solo la emergencia de un estilo nuevo que no agota la suma de sus componentes, profundamente original...una razón más para que el psicoanálisis se instituya como barroco epistémico, cuya analogía estética no es fortuita: en un sentido Freud se dedica efectivamente a un trabajo de artista...al forjar con sus propias manos un dispositivo nuevo...”.

Un dispositivo nuevo, un descubrimiento que fue más allá de lo que él mismo podía concebir desde sus parámetros previos, donde en su encuentro inaugural con la histeria hace su hallazgo fundamental e incuestionable, la del sujeto como escindido, atravesado por un conflicto irresoluble, donde en la clínica psicoanalítica es la del sujeto que habla, es decir que se constituye en el campo del lenguaje y la cultura, un sujeto del inconsciente donde lo genuino del ser hablante es la introducción del significante que se encarna en el ser vivo, produciendo un sujeto dividido y atravesado por la palabra, sujeto del

inconsciente, condicionando de este modo que no haya sujeto donde no hay significante.

Por lo tanto mi pretensión inicia en dar cuenta respecto a la epistemología, hay que preguntarnos inicialmente si ¿Hay una epistemología del psicoanálisis? A lo que inicialmente respondo que si, no sin antes reconocer que ésta se encuentra fundada y fundamentada desde Freud, y posee una especificidad, donde esta no apunta a definir su estatuto científico, sino a definir su estatuto ético y clínico, a dar cuenta de la teoría y la práctica, donde para dar cuenta de esta epistemología es necesario voltear la mira hacia su creador, donde se hace necesario pensar a Freud como sujeto afectado por sus relaciones transferenciales y el como estas relaciones transferenciales producen un saber sobre el inconsciente, como dice Walt Whitman “Camarada, esto no es un libro; quien toca esto toca un hombre”, así para comprender los textos de Freud se hace necesario revisar la conformación de la(s) epistemología(s) de Freud, su implicación como sujeto del deseo.

Así llegaré a analizar a la ética y la epistemología del psicoanálisis como algo consecuente y obligado de mi análisis inicial de la epistemología, donde el camino nos lleva a preguntarnos sobre el sujeto del deseo como una de las premisas epistémicas fundamentales del discurso psicoanalítico que nos permite ubicar la lógica propia del psicoanálisis, y con su aporte radical de un sujeto en su cualidad inconsciente, que conllevó un cuestionamiento del sujeto consciente, de la razón, el del cogito cartesiano, así el sujeto propuesto por el psicoanálisis, está atado a determinaciones que le son propias pero de las cuales no puede dar cuenta, constituido a partir del deseo que lo hace devenir deseante.

Reconozco que el camino que emprendo humildemente puede conllevar a la omisión de autores, reflexiones y la contestación de ciertas preguntas abiertas en el propio análisis, aun así creo que es importante este acercamiento que si ya antes lo han hecho yo lo reconsidero, así la introducción de autores como Lacan serán de mucha utilidad, por la reflexión y análisis, pero aún mas como guía, donde también está mi deseo y un objetivo claro que es el de analizar la ética y la

epistemología del psicoanálisis en mutua congruencia e implicación, y cuyo final desconozco pues esto deberá abrir más cuestionamientos, mas críticas, etc.

"si he visto más lejos que los otros hombres es porque me he aupado a hombros de gigantes"

Isaac Newton.

1. DE LA EPISTEMOLOGÍA DEL PSICOANÁLISIS

El plantear la especificidad del psicoanálisis presenta muchas controversias y una de las más vigorosas discusiones dentro del psicoanálisis y de éste con otras disciplinas, tiene que ver con el estatus y la validez del conocimiento analítico, donde como menciona Zapata (1999) "la polémica actual se centra en la pregunta: el psicoanálisis ¿es una ciencia? Y sobre el carácter científico del psicoanálisis, su ubicación dentro de las ciencias naturales o sociales, o bien su contraposición en relación con el conocimiento científico, que no es un planteamiento nuevo; surge con el propio psicoanálisis" (p.181). Pero no centrándome en esta polémica y con toda intención de reconocer el alcance del psicoanálisis en su epistemología y la ética me dirijo al surgimiento del psicoanálisis y a su creador.

Freud funda una disciplina científica y también una epistemología, totalmente inédita y subversiva, y así como menciona Perrés (1988) hay que reconocer que habitualmente existe una gran distancia entre lo que se hace y lo que se dice o se cree hacer, y Freud no escapa a esta inquietante distancia entre los términos, donde Freud no sólo se limita aplicar, como el supondría, las categorías y los métodos de investigación aceptados por su comunidad científica, sino que funda una nueva epistemología, la que responde claramente a la originalidad de la ciencia que ha producido, donde claramente sus conceptos no eran descartados sino que los modificaba o más a menudo introducía otros que no desplazaban totalmente a los anteriores superponiéndoseles parcialmente, aunque por otro lado Freud si delimita cuales son los pilares teóricos del

psicoanálisis en forma por demás categórica y excluyente, estos son: el supuesto de existen procesos anímicos inconscientes; la admisión de la doctrina de la resistencia y de la represión; la apreciación de la sexualidad y del complejo de Edipo, donde anuncia que quien no puede admitirlos todos no debería contarse entre los psicoanalistas.

Partiendo de esta originalidad del psicoanálisis hay que distinguir que al hablar de epistemología del psicoanálisis, hay que reconocer las implicaciones que menciona Perrés (1988) de reconocer la(s) epistemología(s) de Freud, la epistemología(s) freudiana(s) y la epistemología del psicoanálisis. Así hablar de las epistemología(s) de Freud, se trata de partir de los modelos epistemológicos sobre los que Freud se apoyó, de los que parte el saber Freudiano pertenecientes al universo epistemológico de su tiempo, pero hay que reconocer que esos puntos de apoyo desde donde Freud podía pensar, fueron rápidamente trascendidos, superados, sin que Freud tomara clara conciencia de ese hecho, para la fundación de lo inédito que aportó que va más lejos que sus modelos de científicidad a los que cree ser totalmente fiel, si bien sus maestros y modelos epistemológicos fueron positivistas, sus manifestaciones sobre el tema, su conciencia epistemológica, no puede ser vista como totalmente fiel a esa concepción, pero tampoco se puede acentuar en dirección opuesta y ver a Freud como un teórico o teorista, sino que la dimensión clínica/técnica/empírica le es fundamental, donde él ve una compleja articulación e interdependencia entre las dimensiones clínica y teórica que configura una originalidad y especificidad epistemológica, lo que contribuye a la epistemología freudiana.

Respecto a esta especificidad del psicoanálisis Assoun menciona (citado en Perrés 1988) que el psicoanálisis no necesita de una epistemología salvadora, sino que tiene la propia, la que debe ser teorizada desde dentro del mismo psicoanálisis freudiano y no desde criterios generales externos a modo de teoría del conocimiento o epistemologías generales, así también puntualiza Perrés (1988) que toda epistemología sólo puede ser interna a cada disciplina, teniendo

su propia especificación, la que responderá a las particularidades de la ciencia o disciplina en cuestión, y de ninguna manera pueden ser validados, como lo proponen los empiristas lógicos, con criterios de cientificidad generalizables a todas las ciencias, por ello Perrés (1988) no acepta la idea de un “método científico” (unidad de la ciencia) sino de métodos en plural, donde cada ciencia o disciplina habrá generado el o los métodos que corresponden a sus formas de producir conocimiento. Así como él yo creo que partiendo de esta idea de las epistemologías, también habría que pensarse la existencia de las éticas, en cuanto sí una epistemología determina el camino y fundamentación específica de una ciencia o disciplina, ésta también configura una manera específica de situarse ante la preocupación ética, imposibilitando de igual manera hablar de una ética universal, más bien de éticas respecto a epistemologías específicas, pues para determinar una posición ética deberá fundamentarse también sobre una epistemología, a lo que el psicoanálisis aporta también un inédito en la ética basado en su especificidad epistemológica.

Siguiendo el análisis de Perrés (1988) tenemos por un lado la(s) epistemología(s) de Freud que estaría constituida por una doble vertiente: la reflexión sobre Freud persona, profesional y científico, su historia y formación, con el análisis de sus distintos referentes y modelos epistemológicos, sus maestros, sus fuentes, su formación como científico, así como sus preocupaciones e intereses antropológicos, biológicos, psicológicos, sociales, culturales, y desde mi análisis también éticos entre muchos otros, que en conjunto todo ello conformaría la “identidad epistémica” de Freud o por lo menos una parte de ella.

Por otra parte respecto a la(s) epistemología(s) Freudiana(s) Perrés (1988) se refiere a la epistemología generada por Freud como resultado de la fundación del psicoanálisis, la que debe ser deducida, reconstruida, desde adentro y a partir de la teoría psicoanalítica por él producida, esta epistemología sostiene sus descubrimientos, su forma de operar, los modos de producir conocimiento psicoanalítico etc., más allá de la epistemología de Freud, con la que no siempre

encontramos concordancia sino niveles simultáneos de coherencia y rupturas, de continuidad y discontinuidad. Por su parte la epistemología del psicoanálisis entendemos la que podría dar cuenta del psicoanálisis como disciplina científica, en todas sus dimensiones, cubriendo también toda la era pos freudiana, vale decir el psicoanálisis contemporáneo, donde esta delimitación aun esta inconclusa.

Pero más allá de las pretensiones y de las adherencias científicas del propio Freud, su práctica y su singularidad de su objeto de estudio fueron inaugurales de una epistemología inédita y por lo mismo alejado de un cuestionamiento radical de hacer de la epistemología una reflexión única, genérica y dogmática acerca del saber, además como menciona Franco Rella (Citado en Fernández 2000) el psicoanálisis colocó entre paréntesis desde su propio origen los criterios de verdad y la obligación de ceñirse a ciertas normas para producirla. Así aún más el que es considerado el objeto privilegiado del psicoanálisis, el inconsciente, introduce una posibilidad radical del absoluto intrínseco a todo saber que se propone como verdad donde Fernández (2000) respecto al estatuto de verdad nos dice que la noción misma de inconsciente destruye la posibilidad de proponer criterios de verdad en tanto afecta a todas las funciones del sujeto incluyendo al de la ciencia y a su verdad, de esta manera las garantías del saber, es decir aquellas que le dan su estatuto de verdad, son el problema desde la perspectiva del psicoanálisis, pues es la "verdad" la que hay que desarticular en el trabajo psicoanalítico, aunque no para encontrar otra, donde el régimen de verdad no es resultado del trabajo psicoanalítico, sino su objeto permanente en tanto se propone su deconstrucción, por su parte Fernández (2000) parafraseando a Castoriadis (1992) nos dice: "...El psicoanálisis no es una simple teoría de su objeto, sino esencialmente y en primer lugar, actividad que lo hace hablar en persona... es una actividad definida por un objetivo de transformación y no por un objetivo de saber."

De esta manera, el inconsciente en tanto objeto permanente de investigación del psicoanálisis, vino a trastocar no solo el terreno de las certezas,

sino hasta las formas de producirlas, en esta instancia habla el sujeto, constitutiva del mismo, nos dice Fernández (2000) que el sujeto vino a ser la negación del *cogito* cartesiano que pretendía caracterizar al sujeto con el solo recurso de un acto de conciencia, pero es el sujeto del inconsciente la que pone en duda ahora toda certeza que pase por nuestra conciencia, incluyendo las propias verdades científicas. Puedo decir que en efecto la racionalidad científica se ha presentado como un supremo conocimiento capaz de dirigir toda actividad humana, donde el apego a sus directrices era la garantía de la veracidad de sus logros y estos la legitimación y conformación de lo acertado de sus directrices, en otras palabras un saber desde este discurso, deviene verídico en función de haber sido obtenido de acuerdo con los métodos y con la lógica que la razón científica prescribe, donde concluyen que cuando un saber es científico es por tanto verdadero.

Al respecto Fernández (2000) menciona que desde el discurso de la ciencia, el conocimiento objetivo, entendido en este sentido es conocimiento que solo pretende ser producido por la vía de la lógica y es este conocimiento procede por negación de la subjetividad y resulta en un conocimiento aparentemente purificado, liberado de subjetividades y constatado por otros sujetos que lo produjeron por los mismos medios, como si compartir las subjetividades tuviera la capacidad de anularlas, así aun en las observaciones consideradas más objetivas encontramos siempre un componente subjetivo, donde toda experiencia está cargada de teoría y es por tanto una interpretación. En el psicoanálisis la observación involucra de entrada al observador en tanto sujeto, no únicamente como observador, pero no solo eso, sino que lo observado es también el observador mismo, en la situación psicoanalítica, es decir en el dispositivo analítico, no está considerado como un espacio u ocasión de asepsia observacional, por el contrario, podría decirse lo que se hace es promover una artificialidad que es precisamente lo que le da toda su potencia, es decir la transferencia, en tanto encuentro con la re-edición de una fantasmaticación en una condición distinta a aquella o aquellas en las que los fantasmas se originaron, lo que posibilita la transformación del sujeto, esto referencia a Freud que desde

sus inicios de su práctica con las histerias, recuperó y reivindicó la palabra de los sujetos, por encima del discurso médico que hablaba de ellos sin dejarlos hablar.

Pero esta reivindicación también implicó a Freud como sujeto, Fernández (2000) deriva un análisis respecto a que no podemos pensar en congruencia con el discurso psicoanalítico, que la curiosidad de Freud por las historias sexuales de sus histéricas estuviera motivada exclusivamente por un interés científico, más bien este interés científico estaba motivado por su interés por escuchar estas historias, en tanto era la suya propia la que intentaba desentrañar, donde en reflexiones diversas como en *Tótem y tabú*, *el Malestar en la Cultura*, *el Porvenir de una Ilusión* por mencionar algunas, testimonian esta preocupación por entender las vicisitudes y contradicciones de la cultura de la que él forma parte y por ende de él mismo. Yo veo aquí también un aspecto ético en Freud ligado a lo que Fernández menciona como la implicación del sujeto Freud, donde su postura epistemológica remite también a una preocupación ética dado que desde la reivindicación del habla del sujeto nos estaría refiriendo una preocupación por el otro, es decir una implicación ética que se fundamenta desde la conformación de su epistemología, vemos como Anzieu (citado en Fernández, 2000) nos dice “nadie puede llegar a ser creador sin identificarse con un poseedor permisivo del saber” refiriéndose a los vínculos de Freud con Fliess y a este último encarnando el ideal del yo de Freud, figura cuya superación, por parte de Freud, se suele atribuir a la creación del psicoanálisis, pero para que este conflicto se haga evidente tiene que pasar primero por una identificación con esa imagen y para superarlo alguien tiene que morir y afirmarse como el padre de sus propias obras, “mi otro yo” llegó Freud a decir de Fliess, en la medida en que el otro real, Fliess, depositario de lo que el hijo desea del padre y de lo que según el hijo, el padre desea de él, es incapaz de sostener esos deseos.

Y es esto lo que esquematiza la metamorfosis a la que da lugar la insostenibilidad de un deseo por parte de otro en el que se han depositado las garantías de saber cómo satisfacerlo, que es esto lo que ocurre en el trabajo

clínico con la transferencia y es por ello que se dice que Fliess fue el analista de Freud sin que ninguno de los dos lo supiera, donde en el trabajo clínico es posible a condición que el otro, el analista, renuncie a lo que sabe, y entonces el paciente pueda no quedar atrapado en el saber del analista, aunque todo eso pase por una demanda de su saber, donde como menciona Mannoni (1979) “Con Charcot, Freud había aprendido a identificarse con el paciente. Lo que aprendió junto a Breuer fue que este no sabía nada más que lo que su paciente podía enseñarle. Lo que había de aprender “de” Fliess era que el paciente aprende todo lo esencial de la transferencia misma...”. Así el psicoanálisis tuvo que pasar por la deconstrucción de otro saber atribuido a otro, o mejor por la destitución del otro como lugar de saber, lo que funda el carácter subjetivo, y es a través de este análisis que inicia con el sujeto Freud con preocupaciones éticas por el otro que el psicoanálisis constituyo el hacer de lo subjetivo su objeto, es decir su especificidad epistemológica alejada de las pretensiones de ciencia del mismo Freud, donde ese sujeto no escapa a su teorización y es él que define la especificidad epistemológica del psicoanálisis.

De esta especificidad del psicoanálisis surge una postura muy diferente de las tradicionales para entender lo que constituye la epistemología y lo que el psicoanálisis puede aportar, ya no se trata, de ninguna manera, de que desde la reflexión epistemológica se intente justificar la validez, la veracidad o la verdad de los enunciados teóricos del psicoanálisis, sino que este provee un método de investigación y la posibilidad de acceder a un nuevo dominio: los fenómenos inconscientes que actúan en el investigador y lo determinan. A este respecto Devereux (citado en Perrés 1988) cree que la mayor parte de los defectos imputables a la ciencia del comportamiento provendrían de la pseudometodología, inspirada en la contratransferencia del investigador, que se implanta como forma de eludir la angustia generada por la acción recíproca del sujeto de la investigación con el objeto investigado, a lo que para él se abren dos líneas de investigación el de la contratransferencia y la angustia del sujeto observador, donde resulta obvio para Devereux (citado en Perrés 1988) que el camino de la

ciencia no está en crear mas y mas filtros para lograr una mayor objetividad, sino todo lo contrario , es preciso partir de la aceptación de que la subjetividad del investigador no sólo puede ser eliminada sino que debe ser aprovechada como dato para su investigación y abandonar la ilusión de que esa subjetividad del investigador puede ser neutralizada metodológicamente o en forma instrumental y si se los acepta no queda otro camino que recurrir al psicoanálisis, por ser la disciplina que ha teorizado el factor de la transferencia/contratransferencia.

Lo que Devereux (citado en Perrés 1988) nos señala es novedoso para la epistemología, donde las trabas internas del investigador, las provenientes de su estructura psíquica, pueden convertirse en fuertes factores de distorsión en la producción del conocimiento científico, y no tratándose de vincular este problema al campo de la patología, sino que este sería un proceso natural y siempre presente, donde el camino estaría en superar esta problemática visualizando estos obstáculos y conociendo su alcance como forma de entender sus efectos. En el caso del psicoanálisis, en su dimensión clínica, las cosas se complejizan aún más ya que como menciona Devereux (citado en Perrés 1988) el analista entiende a su paciente psicológicamente sólo en la medida en que puede entender contratrasferencialmente, los trastornos que el paciente causa dentro de él, siendo necesario no negar la contratransferencia y la angustia generada sino tratar de utilizarla, donde en caso opuesto, de no tener en cuenta la acción de la contratransferencia, puede conducir a lo que Devereux denomina “la contratransferencia desencadenada”, en la que el investigador actúa sin darse cuenta del rol complementario adjudicado transferencialmente por el otro.

Así el científico no puede prescindir de las motivaciones inconscientes que lo llevan a investigar o que frenan su investigación y como bien lo expresa Devereux (citado en Perrés, 1988) es imprescindible no perder nunca de vista que todo fenómeno investigado es auto pertinente en el nivel del inconsciente, pese a estar aparentemente muy alejado de la personalidad del sujeto. Y es por esto que

resulta imposible para cualquier epistemología despreciar los aportes fundamentales del psicoanálisis ya que como afirma Perrés (1988) “Freud fue el primero en comprender que los problemas planteados por la humanidad al observador (analista) y al observado (analizado) no requerían una maniobra defensiva sino un tratamiento y aprovechamiento” (p.383).

Pero la dimensión del inconsciente instaurada por Freud desde su epistemología también lo implicó de una manera específica ligada al origen del psicoanálisis, como menciona Perrés (1988) el origen del psicoanálisis puede ser estudiado bajo las condiciones de producción Teórico-metodológicos-técnico-clínico-organizacionales de la disciplina, el Socio-político-económico cultural de la coyuntura y el subjetivo-deseantes del productor que incluye el autoanálisis de Freud. Este último de gran interés, donde el origen del discurso psicoanalítico es analizado desde sus propios conceptos a efecto de dar cuenta de aquello que lo funda y le da especificidad, en donde en esta forma de investigación en el campo psicoanalítico es fundamental, toda vez que el discurso en cuestión tiene como objeto teórico lo inconsciente, estableciendo como menciona Aguado, Aranda & Ochoa (1999) que el saber sobre lo inconsciente solo puede ser elaborado teniendo como base a su vez la producción de un saber de lo inconsciente, lo que lleva a distinguir estos saberes. Por una parte el teórico, o saber sobre lo inconsciente que es resultado del proceso de formulación y formalización de una experiencia de la que se deriva un determinado conocimiento, dando con ello lugar a la teoría psicoanalítica.

Y el saber de lo inconsciente o el del analizado que para Octave Mannoni (1979) es un saber donde lo inconsciente tiene su parte y cumple su función, el cual sólo puede producirse en relación con el Otro ya que nace de una situación transferencial, ya que sólo se desarrolla cuando se lo espera de otro que no la da, es decir es el resultado de una demanda, de una exigencia de saber que es propio y relativo a cada sujeto y entre sus características se encuentra ser fragmentario y cambiante, pero lo más relevante de esto es que el mismo Freud solo a partir de

la posibilidad de vislumbrar su propio inconsciente, de enfrentarse a su propio Edipo, a sus recuerdos encubridores, a sus síntomas y a sus resistencias, es que pudo empezar a distinguir nuevos observables a sus pacientes y generar conceptos tendientes a dar cuenta de lo inconsciente y con ello fundar el campo del psicoanálisis como resultado de haber estado en la única situación en la cual el sujeto puede cambiar de lugar con relación a su propio saber inconsciente y en la cual también puede modificarse la relación con este: la situación analítica, pero además estos dos ejes de lo inconsciente y sobre el inconsciente determinaran el nacimiento del primer psicoanálisis y de la teoría psicoanalítica, que para Mannoni (1979) el primero lo llama el análisis original, que se ubica como efecto de la disolución de la transferencia que se produjo en Freud respecto a Fliess.

Freud pese a sus manifestaciones fue como menciona Perrés (1988) sujeto de la ciencia psicoanalítica y cualquier analista en todas las dimensiones de la práctica psicoanalítica lo es también repitiendo de alguna manera el proceso vivido por Freud, donde no es posible realizar el trabajo psicoanalítico a un paciente desde el simple conocimiento teórico, ese saber sobre el inconsciente que se puede aprender con relativa facilidad no forma ni conforma a un analista, los conceptos analíticos son analizados, introyectados de otra forma cuando nos hemos enfrentado a nuestro propio inconsciente, donde la dimensión transferencial- contratransferencia, no sería más que la movilización de los inconscientes del analizado y del analista.

Como menciona Aguado, Aranda & Ochoa (1999) la transferencia es uno de los pilares de la teoría psicoanalíticas, que es considerada como el modo de operación del psicoanálisis, el resorte mismo de la cura y su motor terapéutico, existen diferentes formas y momentos en los cuales Freud utiliza el concepto de transferencia: en *Estudios sobre la Histeria*, donde se define a la transferencia como un falso enlace pues en lugar de aparecer la idea patógena esta aparece encubierta y reactualizada en la persona del analista pero de manera presente. En *Interpretación de los Sueños* habla de transferencia de sentido o

desplazamiento que está presente en los sueños, pues el sueño se apodera de los retos diurnos, es decir de los recuerdos del día anterior, para investirlos de una significación distinta a la que les dio origen donde transferencia es entendido como los disfraces del deseo que permanecen inconscientes y se apoderan de las representaciones triviales donde hay desplazamiento de lo reprimido hacia una representación aparentemente pueril que permite que esta representación sea aceptada en la conciencia.

Posteriormente en el caso “Dora” surge con mayor precisión el concepto de transferencia psicoanalítica, la cual se produce cuando el deseo del paciente se aferra a un elemento particular que es la persona del analista, donde la transferencia será entendida como las fantasías que se hacen conscientes durante el desarrollo de la cura con la peculiaridad de que los personajes se encarnan en el analista, lo que permite revivir una serie de experiencias pasadas como presentes y en relación con el analista. En el anterior caso Freud presenta ya todos los elementos para desarrollar sobre la dinámica de la transferencia de 1912, en donde plantea que el tratamiento psicoanalítico consiste en seguir a la libido en su proceso regresivo para hacerla nuevamente accesible a la conciencia y ponerla al servicio de la realidad, el analista se constituirá así como el enemigo de las fuerzas de la regresión y de la represión que operan como resistencia.

Para poder entender las implicaciones éticas en la situación terapéutica es necesario entender la situación del analista con el analizante, y como el proceso analítico implica primero que el analista haya pasado por análisis, por el descubrimiento y saber del inconsciente y que es determinante para su formación, así como Freud en su propio análisis descubrió los elementos fundamentales para fundar y conceptualizar el psicoanálisis donde la relación Freud-Fliess es equiparable al proceso de transferencia, donde el saber es siempre esperado de otro, es decir el analizado lo espera del analista y el analista a su vez lo espera del analizado. Y es en el análisis original donde Freud reconocerá la importancia de la transferencia y contratransferencia, donde es con

Fliess con quien Freud realizó su propio análisis y de algún modo estableció el modelo del análisis que los analistas ulteriores no podrán sino repetir, así la transferencia que se generara entre el analizado y el analista, implicara una dimensión ética, donde como menciona Cosaka & Dujoune (1994) debe existir el final del análisis pero sólo se deberá dar con ética, así las implicaciones éticas que derivan de la terapia psicoanalítica, estarán en función de la posición donde el analista y el analizante van a quedar ligados apenas inicializado el proceso de análisis, por una relación que no cederá sino en el momento de su separación siendo esta relación precisamente la transferencia.

Al hablar de la relación de dos sujetos el analista y el analizante hablamos que esta relación no será de manera equitativa, es decir la transferencia nacerá de la confianza del analizante y del sufrimiento que motiva su palabra y la cual se encuentra desde el inicio dando la consistencia al proceso entero del inicio y fin de la cura, la transferencia tiene un carácter ilusorio y por eso queda reducida a una dimensión imaginaria y es la propuesta de él "sujeto del supuesto saber" donde Lacan (citado en Aguado, Aranda & Ochoa, 1999) formula una hipótesis en la que le asigna a la transferencia un lugar en el orden simbólico donde el analista le dice al paciente que todo lo que diga tendrá valor, tendrá sentido y de este modo a partir del dispositivo analítico, el analista se transforma para el paciente en el sujeto supuesto saber, que en mi análisis esto implicaría una situación de desventaja donde la ética coordinaría su relación con el sujeto, pero también hay que ver que el analizante de entrada intenta establecer una relación imaginaria con el analista ya que el atribuirle el saber de lo que le pasa está asumiendo de que el analista y él son uno, el analizante le atribuye al analista un conocimiento del que el analista no tiene, el analista solo hace el semblante de ese objeto que todo lo sabe y que no existe en lo imaginario del analizante, he aquí otra posición de suma importancia cuya ética del analista fue desarrollada a partir del propio análisis de formación como psicoanalista, reconocerá y no se dejará colocar en ese papel y le hará comprender al analizado que el único que sabe lo que a él le pasa es el mismo, alcanzando el nivel simbólico donde la posición de interprete

convierte al analista en el amo de la verdad , como menciona Lacan ,ya que decide retroactivamente la significación de lo que es dirigido y es en este momento donde el analista pasa a ocupar el lugar del otro lográndose una diferencia entre el gran Otro y el sujeto de supuesto saber.

Al establecer que la relación entre el analista y el analizante deberá estar mediada bajo la ética que el analista al reconocer su papel que el sujeto le transfiere, y su poder que de ello se deriva, implicaría además reconocer el deseo mismo del analista, que si bien dentro del proceso de su formación confrontó en su análisis, deberá tener presente este en función de desligarse de esta transferencia, donde el papel de la contratransferencia será sustancial, su labor estará en finalizar el análisis donde en un inicio había sido un extraño ahora tendrá que empeñarse en volver serlo. Identificó a la implicación ética en varios momentos del análisis psicoanalítico, al inicio donde el sujeto vendrá al analista con su demanda dotándolo como mencione anteriormente sujeto del supuesto saber, y la posición en la que se encontrara que está referenciada por la transferencia, que se dará mediante el reconocimiento del proceso del mismo analista de lo inconsciente, finalmente en la separación final donde el analista deberá generar la contratransferencia, para poder terminar con la ilusión que el analizante generó.

Llegamos a un punto en donde he delimitado algunas generalidades respecto a la epistemología del psicoanálisis y dejando en claro que existen aun más que decir y profundizar, pero mi interés estaba en dejar ver como la especificidad y novedad del psicoanálisis vino a abrir interrogantes respecto a la ciencia misma y su método, aun así también al aspecto ético, donde creo que tiene una relación con la epistemología del psicoanálisis en su dimensión epistemología(s) de Freud donde desde inicio presenta una preocupación ética por sus propias motivaciones inconscientes mas como sujeto del deseo que como científico y su propia implicación dentro de la conformación del psicoanálisis, así también lo inaugurado por la(s) epistemología(s) Freudiana(s), el inédito del inconsciente y el cambio de objeto por sujeto, dando así también una postura ética

respecto a la preocupación de la transferencia. A continuación expondré las implicaciones éticas dentro del psicoanálisis y como estas corresponden coherentemente a su epistemología como preocupaciones éticas inherentes a Freud.

“Si comienza uno con certezas, terminará con dudas; mas si se acepta empezar con dudas, llegará a terminar con certezas”
Francis Bacon.

2. DE LA ÉTICA EN EL PSICOANÁLISIS

Antes de considerar cualquier análisis de la ética, es conveniente partir de una definición etimológica para saber distinguir, su aplicación en cada caso. El término ética proviene del griego *ethos*, que significa "modo de ser", carácter, este modo de ser no responde a una disposición natural, sino que se forma mediante hábitos, este significado es tomado por Aristóteles, lo utiliza como modo de ser del hombre. En sentido etimológico ética, significa teoría del carácter y costumbres del hombre, se incluyen en dicha teoría aspectos esenciales de la naturaleza humana tales como: racionalidad, vida virtuosa, bien, carácter, rectitud, etc.

En la tradición histórica se impone el vocablo griego para designar a la teoría filosófica de la moral, debido a que la filosofía nace en Grecia y es la ética una disciplina filosófica. Así para Sánchez (1973) ética es "la teoría o ciencia del comportamiento moral de los hombres en sociedad, ciencia de una forma específica de conducta humana". Pero existen otras concepciones como la expuesta por Rodríguez (2005) nos dice que "partiendo de definiciones específicas aunque muy discutidas, a saber: la ética es la reflexión filosófica sobre la moral que a su vez consistiría en los códigos de normas impuestos a una sociedad para regular los comportamientos de los individuos", pero no es difícil percatarse de que la moral, entendida como reglas y códigos de acción es insuficiente para rendir cuentas de la ética en su sentido más originario, esto es, como carácter propio que diferencia e identifica a las personas, un modo de ser o de estar en el mundo; actitud peculiar y "segunda naturaleza" que el ser humano crea desde su interioridad (morada) trascendiendo su naturaleza dada, constituyéndose por ello en sujeto, donde si bien son evidentes las diferencias entre el código moral, la forma individual de relacionarse con él (moralidad), y la manera en que cada quien a partir de ellos se da forma a sí mismo, no hay que confundirse.

Y es de esta consideración que hay que reconocer que aunque la mayoría de las veces expresamos nuestra ética por medio de juicios morales esto no implica que ella sea equivalente a tales juicios o que esté sujeta a dispositivos establecidos de manera imparcial e impersonal y tampoco podemos pretender simplemente ignorar a la ética a causa del aspecto variable que ofrece, o debido a que son tantas las diferentes consideraciones pertinentes a su verdad o falsedad, que se torna o muy difícil alcanzar una probabilidad, o imposible lograr una certeza, si la ética es una ciencia que se desarrolla aparte de la moral, quizá sea ésta la causa principal del por qué nos preocupa encontrar su sentido y propósito en la vida actual y en la filosofía, entre los extremos de nuestros días (relativismos, científicismos nihilismos, deconstrucción) hay un catálogo de propuestas que, pese no haber podido establecer acuerdos mayoritarios ni respuestas satisfactorias, demuestran que en el siglo que se presume más carente de ellos, sobre ética y moral hay mucho que aclarar y establecer pues del contenido que demos a ambos pende el contenido y significado que demos a nuestra vida y su interacción con el entorno social que le corresponde.

Otra derivación del análisis anterior lo hace MacIntyre (1991) quien nos remite a considerar que la idea de la formulación y contestación de preguntas de carácter moral es algo muy distinto de la formulación y contestación de preguntas filosóficas sobre la ética, ya que puede ocultarnos el hecho de que al formular cierto tipo de preguntas morales con suficiente insistencia quizá se descubra que no podemos contestarlas hasta que hayamos formulado y contestado ciertas preguntas filosóficas, un descubrimiento de este tipo proporcionó el impulso inicial a la ética filosófica en la sociedad griega, porque en un determinado momento, cuando se formularon preguntas morales, se hizo evidente que el significado de algunas de las palabras claves implicadas en la formulación de esas preguntas ya no era claro y eran ambiguas, así como los cambios sociales no sólo habían provocado dudas en torno de ciertos tipos de conducta aceptados

alguna vez socialmente, sino también en torno de los conceptos que habían definido el encuadre moral de un mundo previo.

Así, la redefinición de los predicados valorativos crea un problema para aquellos que desean usarlos incluso para expresar sus propias intenciones, donde a veces como menciona MacIntyre (1991) es imposible distinguir dos fenómenos separados: la incertidumbre moral y la incertidumbre con respecto al significado de los predicados valorativos, donde estas dos incertidumbres se identifican en los momentos de mayor perplejidad en los textos de la Grecia del siglo v. De esto surgen estas preguntas ¿Cómo se aplica la concepción sobre la distinción entre la ética y el juicio o la acción moral? ¿Podemos distinguir dos actividades separadas, "la actividad de un moralista, que se dedica a elaborar un código moral o a incitar a su acatamiento, y la de un filósofo de la ética cuya preocupación primaria no consiste en formular juicios morales, sino en analizar su naturaleza"? Se debe convenir inmediatamente en que hay preguntas implicadas en la filosofía moral que son puramente filosóficas y otras que son completamente independientes de la filosofía, así como hay muchos casos en que lo importante es poner de relieve que comprometerse con un determinado análisis filosófico de los juicios morales no implica comprometerse en la formulación de un determinado conjunto particular de juicios morales.

Hay por consiguiente, dos problemas: ¿Cómo lo emplearé? (moral) y "¿Cómo lo comprenderé?" (Filosofía ética). Se debe advertir que la filosofía se convierte en una actividad esencialmente posterior a los acontecimientos, pero en los casos en que se ha puesto en duda el significado del vocabulario moral en sí mismo, la respuesta a la pregunta: "¿Cómo utilizaré el vocabulario moral?" consistirá en formular reglas, sin duda ya parcialmente implícitas en el uso previo de las palabras, pero quizá destinadas también en parte a evitar incoherencias y ambigüedades de los usos previos y así la elaboración filosófica del concepto determinará parcialmente los usos morales de esos predicados, así podemos denotar que las tareas del moralista y del filósofo no son idénticas, pero tampoco son completamente distintas.

Ahora siguiendo la reflexión ética respecto a la epistemología y el psicoanálisis, Clavel (2010) nos propone una reflexión muy ligada a mi propuesta de la congruencia de la epistemología y la ética, ella parte de decir que la separación entre la ciencia y los valores no epistémicos se remonta, según el filósofo de la ciencia Javier Echeverría (citado en Clavel, 2010), a Locke y Hume, ya que ambos separaban totalmente los ámbitos del ser y el deber ser, así Echeverría advierte que esta concepción influyó incluso en la sociología a través de Max Weber, puesto que los valores son culturalmente dependientes, la objetividad de la ciencia sólo puede estar garantizada en la medida en que, aunque en las ciencias sociales pueda haber referencia a valores, sin embargo no haya nunca juicios de valor, y así surge la concepción estándar en filosofía de que la ciencia hizo una separación radical entre ciencia y ética, ya que la primera era considerada moralmente neutral.

Por su parte, filósofos como Echeverría (1995) y Olivé (2000) sostienen que hay una estrecha relación entre la ciencia (y techno ciencia) con la ética, de forma que los problemas éticos no quedan como algo externo al campo científico, sino como algo que afecta sustancialmente a la ciencia; además, piensan que los científicos tienen que abordar los problemas éticos en tanto científicos. Desde esta perspectiva, en la ciencia no sólo intervienen valores de tipo epistémico sino también valores morales y, en general, valores no epistémicos, implicando así una reflexión ética en interrelación a una reflexión epistémica. Para Olivé (2000) las acciones e intenciones de los científicos también forman parte de la ciencia, y de ahí infiere que ésta no puede mantener una neutralidad moral, ya no se trata, como pensaba la concepción estándar, de que los conocimientos científicos sean moralmente neutrales y sólo el uso posterior que se haga de esos conocimientos científicos sea calificado moralmente, desde la perspectiva de Olivé, “hay situaciones en las que los científicos y tecnólogos tienen responsabilidades morales iguales como científicos y tecnólogos, es decir, por su mismo carácter de científicos o tecnólogos”. Conuerdo con él al admitir la evidencia de que todo

conocimiento confiere una responsabilidad como sujetos implicados en un quehacer científico o de cualquier índole, en una reflexión ética.

Pero siguiendo el análisis que propone Clavel (2010) nos dice que es la capacidad de “autorreflexión” que se introduce una característica distintiva en los respectivos objetos de estudio del psicoanálisis y las ciencias naturales ya que los virus, los átomos, los genes, las partículas, no son objetos con la capacidad de reflexionar sobre sí mismos; en cambio, el objeto de estudio del psicoanálisis es el “ser humano”, en su dimensión simbólica y con capacidad de “autorreflexión”, y que es justamente esta distinción lo que permitirá hacer diferencias importantes en la forma en que se relaciona el psicoanálisis con la ética respecto de la manera en que lo hacen las ciencias naturales con la ética, lo que introduce un análisis desde la epistemología para llegar a una relación específica con la ética, y para hacer esta distinción entre psicoanálisis y teorías de las ciencias naturales en relación a la ética enuncia diversas implicaciones de la epistemología del psicoanálisis a la ética: “Como el psicoanálisis sostiene la existencia de motivos, procesos y representaciones inconscientes, la aportación que hace a los conceptos y problemas éticos es muy distinta de la que podrían llevar a cabo otras disciplinas”, “El psicoanálisis tiene una concepción particular de la naturaleza humana, de modo que el conflicto inconsciente desempeña un papel primordial en ella. Esto a su vez repercute en la particular comprensión que el psicoanálisis da de los problemas éticos”. Lo que rescato de su propuesta es su análisis respecto a la introducción de la ética en relación con la ciencia y el psicoanálisis.

Nos dice Ricoeur (citado en González, 1992) “la obra de Freud rebasa ciertamente los marcos de la psicología y representa una verdadera interpretación de la cultura”, que junto con la crítica a la moralidad llevada a cabo por Nietzsche, el psicoanálisis realiza una de las críticas que más ha configurado el éthos de nuestro tiempo, así González (1992) nos dice que desde la perspectiva psicológica, la teoría Freudiana pone en crisis el fundamento mismo de la vida moral, el cual de un modo u otro se ha cifrado en la autonomía de la conciencia o

de la razón o sea en la libertad, y no solo esto, sino que la crítica de Freud exhibe y denuncia prolijamente el carácter psicopatológico que suele tener la moral a lo largo de su historia; ella es y ha sido siempre según lo muestran los innumerables análisis freudianos como *“El Malestar en la Cultura y El Porvenir de una Ilusión”*, fuente permanente de neurosis, infelicidad y malestar. Por su parte, Wallwork (1994) justifica el análisis de la ética en el psicoanálisis por tres razones: “Primera por que los conceptos de Freud han penetrado en nuestra cultura a tal grado que el punto de vista freudiano de la moralidad desempeña un papel importante en la reflexión sobre cuestiones éticas” y segunda el psicoanálisis presenta un corpus teórico referente a temáticas relacionadas con la ética, por último relacionada a su epistemología “...es que la metodología única de la que el psicoanálisis vale para estudiar a fondo la personalidad humana, al utilizar la asociación libre y las reacciones de la transferencia en un medio comparativamente interpersonal...”¹

Donde respecto a referir una justificación de introducir a la ética como reflexión en el psicoanálisis, González (1992) como parte de su inicial introducción a como el psicoanálisis planteara una reflexión y crítica a la ética: “El hombre ha sufrido tres humillaciones en la época moderna, según dice Freud, la humillación copernicana que destruye la pretensión humana de estar en el centro del mundo; la Darwiniana, que le quita al hombre la ilusión de adjudicarse un ser distinto y superior al animal y creerse por ende, amo legítimo de la naturaleza; y tercera humillación producida precisamente por el psicoanálisis que le obliga a reconocer que no es ni siquiera dueño de sí mismo en su propio interior, que no es “amo en su casa”, como dice Freud”. Y es a partir de esta primera reflexión que Juliana González nos dice que el psicoanálisis plantea significaciones éticas, antropológicas y ontológicas (incluiría yo además la epistemológica de la cual parte también su aportación ética), entre las cuales la de mayor relevancia para ella es la de la ética, tomando como líneas de análisis tres aspectos: 1) la crítica freudiana de la conciencia y el significado negativo de lo moral; 2) el proceso de

1. No coincido con lo que menciona Wallwork respecto a lo de “medio comparativamente interpersonal” más bien citando a Aguado (2012) creo que se articularían cuatro espacios a partir de la especificidad epistémica del psicoanálisis; el intrasubjetivo, el intersubjetivo, transubjetivo y transgeneracional.

evolución y moralización del psiquismo; y 3) consecuencias éticas de las pulsiones eros y thánatos. En general ella hace mención de que Freud al postular la existencia de lo inconsciente y el primado de la vida inconsciente sobre la conciencia y todos sus procesos no puede dejar inafectadas las tradicionales concepciones de "sujeto" de la ética, de su voluntad, de su conciencia y de su libre decisión, introduciendo una duda, donde surge una crisis ética, que implica no sólo cuestionarse en el plano teórico del fundamento de la Ética, sino que también abrirse al plano de la práctica del hombre como sujeto moral, así la teoría de Freud deja el camino abierto para la construcción de la nueva ética, donde el psicoanálisis, podría sugerir la renovación de la moral enmascarada y represiva por una moral más sincera y libre que contemple la verdadera condición humana; pero para ello, la ética tendría que superar los planteamientos que deja el psicoanálisis.

Así por su parte Escobar (1999) nos dice que la pregunta ética fundamental que el psicoanálisis permite elaborar respecto a lo ético es ¿Ha sido fiel a su Deseo? Donde surge la responsabilidad del sujeto ante su propia vida, de reconocer y ser consecuente con su Deseo, así en la medida en que el psicoanálisis devenga en un trabajo sobre el Deseo, permitirá reconocerse como deseante y así ser consecuente ante el propio deseo, donde, la sexualidad devendrá por encima del autoerotismo-narcisista para convertirse en el reconocimiento del otro, mas no como completud de mi falta, el mito de la media naranja, sino en cuanto otro deseante y digno es decir al otro (semejante) y el Otro como castrado, pero donde el psicoanálisis no es una liberación que deje al ser humano sin represiones, sino que lleva al sujeto a través de la metonimia de su Deseo en la espiral significante. Así Escobar (op.cit) concluye diciendo que la posición ética del psicoanálisis no tendrá pues que ver con el acceso a una moralidad social (adaptación) donde el analista se ofrezca como modelo al sujeto a fin de que éste introyecte un Yo-sano, sino que la postura ética del psicoanálisis necesariamente tendrá que poner como eje de su argumentación al Deseo; más no para buscar una imposible satisfacción, sino para señalar al sujeto como

producto de la estructura significante que lo hace sujeto de Deseo, y donde la función del Deseo está ligada de manera indisoluble a un más allá del Deseo, es decir a la dimensión del Goce y en especial a la figura de la Muerte; es en esa situación de desamparo absoluto en que se da la vida del sujeto deseante, como un espacio entre dos muertes, y ante la cual el sujeto no puede esperar ayuda de nadie, mucho menos del analista. Así llega a una conclusión: “Freud en el Edipo, nos muestra lo imposible que es encontrar la felicidad en el (los) bien (es) (o en el bien), que el bien no es sino una máscara puesta ante el telón de fondo de la Muerte y del Goce. Edipo resulta burlado, el Deseo escapa siempre a los bienes que, por otro lado, Edipo siempre buscó. Edipo en su acto final, al cegarse, renuncia al bien y se enfrenta a la búsqueda de su Deseo, al hacerlo comprende que su Deseo es Deseo-de-Saber, la insignia del oráculo de Delphos, el conócete a ti mismo...” (pp. 120)

De estas indagaciones respecto a la ética y el psicoanálisis pude observar un camino igualmente vasto como el de la reflexión epistemológica donde difícilmente se podrían exponer todas las reflexiones que atañen a la ética en el psicoanálisis y su epistemología, pero nos han guiado a ver el punto más crítico de la ética que nos hace cuestionarnos por un camino ineludible y es el del Deseo, el del sujeto del deseo, y no sólo desde lo teórico, sino también desde lo clínico, desde su praxis, pero para llegar a este punto primero presento desde un dialogo entre fantasmas como lo denomina Assoun (1992) entre Wittgenstein y Freud, una crítica para el psicoanálisis que pondrá en su mayor sensibilidad la reflexión sobre la ética, para finalmente indagar desde el discurso de Lacan las implicaciones de la ética.

“Puede que haya fanáticos puritanos de la conciencia que prefieran morir sobre el hecho de una nada segura que hacerlo sobre una realidad incierta que nos abre a mayores preguntas”

Friedrich Nietzsche en más allá del bien y el mal.

3. DE LA CRÍTICA A UNA CIENCIA DEL DESEO

Wittgenstein (citado en Assoun, 1992) designa a la ética como el talón de Aquiles que hace trastabillar al psicoanálisis, planteando distintas problemáticas, la del asentimiento que implica la cuestión de la racionalidad psicoanalítica que dirige la puesta en cuestión de la explicación metapsicológica, además el cuestionamiento literal en relación con su alteridad mitológica y finalmente una crítica a la confrontación sistemática del psicoanálisis presentada de la problemática de la racionalidad del lenguaje y del sujeto, que desemboca, vía la cuestión de la ética, en los destinos de la ilusión y de la kultur misma

Dentro de la crítica de la lógica del asentimiento Wittgenstein habla del “doctor” como el propio Freud en posición de “docto” el que sabe y enuncia o introduce lo que debe saberse, lo que es verdad o no lo es, que sitúa su crítica del psicoanálisis como práctica de lenguaje, así es que el asentimiento será el acto de voluntad que determina lo que el entendimiento percibe, donde el consentimiento será el encuentro con la objetividad de la representación, donde articula que es por la voluntad que fallamos y que la mejor terapéutica consiste en apoyar el consentimiento sobre lo que el entendimiento percibe clara y distintamente. El asentimiento es definido como el costado subjetivo de la verdad, donde Kant (citado en Assoun, 1992) distingue tres niveles: un asentimiento incierto; insuficiente tanto subjetiva como objetivamente: la opinión; un asentimiento incierto, objetivamente insuficiente pero subjetivamente suficiente: la

creencia; un asentimiento suficientemente objetiva y subjetivamente. Si la opinión es problemática, la creencia es asertórica y el saber, apodíctico. De este planteamiento Wittgenstein plantea la explicación psicoanalítica con una cierta seducción, que da explicaciones que ejercen una cierta atracción donde la seducción es esencial pues concierne a la patología del asentimiento, donde cuestiona al psicoanálisis por sus repercusiones psicológicas y en sus procedimientos lógicos que Wittgenstein intenta reconstruir.

Freud formula la cuestión del asentimiento en el análisis en *Construcciones en el Análisis* (1937) respondiendo a las objeciones antes citadas, donde las críticas refieren a la integridad del analista más aun en su función (ética) que en su persona, donde para defenderse Freud no va a reafirmar formalmente los derechos supuestamente ultrajados del analizante, sino manteniendo el problema en el plano del analista en tanto que “juez”, donde todo parte de la regla de memoración, allí interviene la función del analista como “constructor”, construir lo que ha sido olvidado, donde “explicar” significa aquí “motivar” sus construcciones para volverlas admisibles y creíbles para el analizante. La cuestión del asentimiento por lo tanto se ha desplazado; ya no se trata solamente de someterse a la interpretación, sino de convencerse del fundamento objetivo de la construcción del analista. En referencia al error de construcción Freud se escuda en la experiencia analítica para afirmar la inocuidad del error donde no se provoca daño alguno si se equivoca alguna vez y se presenta una construcción inexacta como si se tratara de la probable verdad histórica, donde esta reconstrucción no puede ser hecha sobre el objeto sino con su cooperación, donde ambos (analista y analizante) guardan el derecho a reconstruir completando y reuniendo los restos conservados, el analizante por lo tanto esta dos veces implicado como material vivo primero y como reconstructor adjunto después

En esta construcción de los dos partenaires interviene un objeto (el objeto reprimido) donde la estrategia de Freud consiste en conducir al sujeto a la convicción de que el objeto designado es el bueno, admitiendo que el analista detenta las vías de acceso a la verdad del objeto, donde el debate entre los dos partenaires de la relación analítica está cortocircuitado por un debate del sujeto consigo mismo, o más precisamente con su objeto reprimido, el objeto de su represión, donde el analista debe conducirlo a este debate, mientras las resistencias son conocidas sin ser reconocidas, habiendo sido reveladas por el analista, el fin no ha sido alcanzado es necesario que el paciente le resulte posible por su propia vivencia, convencerse de la existencia y de la fuerza de la resistencia, allí interviene el trabajo en común de los partenaires y es aquí donde Freud señala que el análisis rompe con las técnicas de sugestión, donde la verdad viene a ser asimilada por el sujeto, ello se hace mediante el tratamiento de las resistencias y no de la verdad misma

A partir de esta construcción Freud refutará otros planteamientos críticos en referencia al asentimiento que Wittgenstein adjudica al psicoanálisis, como el del sujeto estético, que no significa otra cosa más que el proceso del lenguaje como un constituyente del efecto de asentimiento producido, donde dice que la explicación analítica no es más que una linda pintura constituyente de su efecto estético que refiere al efecto que produce la obra de arte sobre nosotros inseparable de una relación discursiva

En referencia a la lógica onírica Wittgenstein no crea una divergencia sobre el sentido del sueño sino sobre la cientificidad de un saber interpretativo del sueño, donde ni Freud ni Wittgenstein creen en cierto sentido, en un saber del sueño como esencia simbólica significativa, de lo que se trata es del sueño abordado científicamente como formación psíquica *sui generis*, donde se gesta el problema allí donde Freud pretende trazar con mano firme la línea de demarcación que permitirá entrar al sueño en una ciencia que le sea propia, Wittgenstein interroga la cuestión de la posibilidad de una ciencia del sueño

propriadamente dicha que repite el valor propio de este . Si el sueño es pensamiento, si soñar es pensar en algo, Freud encuentra la cuestión de la actividad intelectual en sueño como un aspecto particular del trabajo de elaboración mientras que Wittgenstein formula cuestión como la de soñar como la de pensar. Freud conforme a la lógica formal hace del juicio el acto intelectual por excelencia ejercicio en el sueño, un juicio en sueño no es sino la reproducción de un pensamiento del sueño, pensar en el sueño es entonces reproducir un pensamiento del sueño, el sueño por lo tanto, no es un pensamiento y sobre todo no es un pensamiento confuso, esta reproducción señala Freud puede estar insertada con tanta habilidad que da la impresión de ser una operación intelectual propia del sueño, el soñador imita así al pensamiento, cuando en realidad no hace más que injertar el pensamiento del sueño en una simulación de continuidad psíquica

Respecto al postulado del inconsciente Wittgenstein no inscribe su crítica contra el contenido de la teoría, sino contra su ambición heurística y explicativa que sirve para sostener una tesis en un debate, donde lo que cuestiona, son las expresiones descriptivas de hechos y no los hechos mismos, Wittgenstein no pretende en ningún momento invalidar la existencia de pensamientos inconscientes o negar el inconsciente , lo que llama realmente su atención es el uso del tipo de expresiones en las cuales el predicado “inconsciente” es utilizado en particular con el término pensamiento, además Wittgenstein admite sin dificultad que el inconsciente puede dar lugar a la simulación , “un hombre puede fingir estar inconsciente” (dice en las fichas citado en Assoun, 1992) pero igualmente puede fingir estar consciente. Lo que resulta impactante es el uso Wittgenstiano del término “inconsciente”, es que permanece expresamente en el sentido descriptivo, lo cual queda expresado por otra parte por el hecho de que es objeto de un empleo como adjetivo y no como sustantivo. Freud por su parte se empeña en volver riguroso el empleo del término haciendo de él la denominación de un “sistema” psíquico, piensa en términos de sistema para dar cuenta del aparato psíquico antes de utilizar el término instancia, donde esta referencia

tópica es esencial para el modo de pensar metapsicológico, pues permite atribuir características distintivas a la clase de fenómenos psíquicos correspondientes así la ausencia de negación, de duda, de grados de certeza, indiferencia a la realidad, en la medida en que estas propiedades no se refieren a un principio inconsciente, sino que designan las características funcionales de un sistema, es que justamente rompen con una visión esencialista del inconsciente.

Dentro de la crítica a la razón explicativa la mitología entra en crítica a partir de Wittgenstein que dice que el tipo de lógica persuasiva que lleva acabo el entendimiento psicoanalítico explicando al margen de una exigencia princeps de verificación remite a discursividad de tipo mitológico, donde la mitología en cuestión retoma la estructura espletiva característica de la razón explicativa “eso no es sino eso” pero la combina con una proyección en el tiempo que remite la explicación a un proceso. Decir que la mitología que ofrece el psicoanálisis tiene un gran poder es reconocer que ella es para el entendimiento más que una seducción es una tentación, no solo el sujeto puede ser seducido por una explicación sino que incluso puede ser tentado a tomarse por el sujeto del que habla el mito y es aquí donde la crítica de Wittgenstein alcanza un momento de verdad propiamente existencial, el psicoanálisis sería para el sujeto –destinatario una trama peligrosa en la medida en la que ya no se trata solamente de dejarse seducir por tal o cual aserción si no de poner en juego allí su propio ser “yo” sería en el enunciado mitológico lo que el mito dice que es, soy lo que el psicoanálisis dice que soy (Assoun, 1992) .

La cuestión del mito puede especificarse mediante el examen de dos puntos cruciales, por una parte se trata de mostrar del lado del emisor (Freud) que en lugar y en vez de una “explicación científica” es un mito lo que ha sido dado, Freud no ha dado una explicación científica del mito antiguo ha propuesto un mito nuevo, además hay que constatar que del lado del “destinatario” la ganancia que justifica la adhesión al mito representa un “alivio”, por la referencia por la cual el sujeto puede dejarse insertar, aun marco trágico: el mito analítico,

función que cumple ejemplarmente la teoría de la “escena primitiva” (urszene) donde esta escena originaria es el punto sobre el cual se ha jugado el origen mismo del psicoanálisis, Freud ve desplegarse en el relato de la urszene neurótica lo que él considera desde un principio como causa del desorden neurótico, cuya estructura trágica Freud la encuentra al interior mismo del discurso neurótico, al relativizar la ambición etiológica y al poner en duda a la vez el relato y su propia teoría es cuando ve vacilar su “neurótica” que solo podrá salir de esta crisis con el descubrimiento de que es la relación del sujeto con su propia estructura fantástica lo que contiene la “verdad” del relato, donde es sumamente revelador que Freud haya elaborado su noción de mito en relación con las teorías sexuales infantiles, es el niño quien resulta ser el primer mitólogo, donde Freud pone el acento en el hecho de que el niño enfrenta las explicaciones de los adultos aun cuando ellas mismas son mitológicas por su propio trabajo de construcción mitológica.

Respecto a la ética Freud y Wittgenstein están de acuerdo de situar a la ética del lado de un punto cero de problematización, “si yo no pudiera explicarle a otro la esencia de lo que es ético más que por el rodeo de una teoría, lo que es ético no tendría ningún valor, lo que implica que no hay que hacer de ello una teoría, la ética como menciona Freud no es para hacer comprender ella siempre ya está allí, ella cae bajo el sentido.

La contrastación de que ningún problema moral o ético auténtico debe ser rastreado en los libros que tratan sobre ética Wittgenstein reacciona por medio de una reflexión acerca del enunciado ético y del problema ético, la afirmación de que la pura descripción de los hechos no contiene nada que podamos llamar una posición ética abre una investigación acerca de la especificidad de esta proposición. En Freud es debido a que no hay un libro sobre la ética que es posible que emerja por sí mismo ese texto del inconsciente que gira en torno a esa relación con la ley y con lo prohibido, una especie de orden que marcha según del uso del comercio de los hombres entre ellos. Wittgenstein por su parte

plantea con claridad la cuestión con el tope máximo ético de la cura analítica “hacerse psicoanalizar es como comer del árbol del conocimiento “, el conocimiento adquirido de ese modo nos plantea problemas éticos, pero no aporta nada a su resolución, eso lo lleva a decir que el psicoanálisis puede hacer algún “bien” sin resolver la cuestión del Bien, a este respecto para Wittgenstein es vana (Assoun, 1992).

Al respecto agrega Wittgenstein (op.cit), ¿para ir a donde? No solo hay un más allá del análisis de naturaleza ética, sino que la interrogación ética se encuentra agudizada, donde plantea que el conocimiento analítico así ingerido es generador de nuevos problemas en la medida en que no contribuyen ni un ápice a su resolución, el conocimiento analítico pone al desnudo el problema ético, pero es también un desafío, quizás el problema ético jamás sea sensible en su arida que para quien ha probado el fruto del árbol del conocimiento freudiano

La ética para Wittgenstein está estrechamente vinculada con el lenguaje y dar de frente con los límites del lenguaje eso es la ética (le dice a Waismann en 1929 citado en Assoun, 1992), donde hay que comprender que es imposible decir acerca de las cuestiones éticas, donde con lo que se dice no se toca a la esencia de lo que está en cuestión y no puede tocarla, por una vía diferente a la de Freud, Wittgenstein llega a ubicar a la ética en el orden de una suerte de factualidad que el hombre encontraría siempre ante sí, pero si no hubiera un más allá del lenguaje no habría mas que una posición mística posible , pero está el enfrentamiento mismo contra los límites del lenguaje , lo cual sella una posición ética, donde quizás en su obra no haya hecho otra cosa sino “golpearse la cabeza contra el lenguaje donde el precio de sangre a pagar es propiamente ético” (Assoun, 1992).

Ahora podemos mencionar el sentimiento de “culpa” introducido como una de las experiencias por las cuales los rasgos característicos de la ética son en cierto sentido exhibibles, pero notemos que la culpa esta desconectada de una sustancia ética que ella manifestaría, ella no es sino una de las experiencias

valorizantes que permite literalmente fotografiar al ethos. Esta experiencia se relaciona con una alteridad, es por ello que se deja describir por la frase según la cual Dios reprueba nuestra conducta. Para Wittgenstein allí no hay otra cosa que el acoplamiento de una experiencia y de un fraseo, el cual transforma este acontecimiento en un absoluto. Ahora bien esta ciega resistencia no es otra cosa más que la del lenguaje, es un más allá del mundo, así hablar y escribir sobre lo ético o la religión lleva en este sentido a enfrentarse con los extremos del lenguaje, estando allí en la cuestión ética y de lo que se articula entre la instancia del padre y la del lenguaje, donde lo que faltaría sería el eslabón que entrelazaría la experiencia de culpa con la frase que la comenta, y es para lo que sirve el referente paterno en el inconsciente permitiendo enganchar la experiencia edípica a lo que permite más allá de la angustia de lo real, nombrar la culpa. Y es precisamente lo que Wittgenstein se niega a tomar en cuenta y es por ello que interpreta la ética por esta aporía de la experiencia y del lenguaje, no puede sino rebajar la ética a la ipseidad del sujeto hablante vinculándola con una tendencia que existe en el espíritu del hombre. Freud (Citado en Assoun, 1992) por su parte ha señalado bastante bien las figuras clínicas de este juego con el lenguaje del deseo ante la referencia paterna, donde para él designara la ética algo así como una factualidad que bien podría ser la ley.

Así llegamos a un punto donde debemos indagar respecto al deseo y su relación con la ética donde el psicoanálisis tiene mucho que decirnos, pero aun más que cuestionarnos, así es momento de incluir lo que Jacques Lacan nos puede aportar respecto a la temática de la ética en el psicoanálisis es imprescindible debido al enorme aporte referente a la lectura que hace de Freud, a su experiencia clínica y su análisis propio donde incluye conocimientos diversos como la filosofía, matemáticas y la lingüística estructural entre otros, que permiten articular un análisis de la ética en el psicoanálisis, desarrollando temas como el deseo, el objeto y la cosa, la sublimación, lo bello, el bien etc.

Nos dice Lacan (1988) que la ética consiste esencialmente en un juicio sobre la acción haciendo la salvedad de que sólo tiene alcance en la medida en que la acción implicada en ella también tenga un juicio incluso implícito, donde la presencia del juicio de los dos lados es esencial a la estructura, y si existe la ética del psicoanálisis es en la medida en que de alguna manera el análisis aporta algo que se plantea como medida de nuestra acción, y que como común con todas las éticas es en tanto ética que tiende a referirse a un orden, un orden que primero se presenta como ciencia, como epísteme, pero es en la medida que define la norma de un cierto carácter, éthos.

Así es como Lacan (1988) en su seminario 7 nos presenta el término de la ética como algo que nos permitirá poner a prueba más que cualquier otro dominio las categorías a través de las cuales tendremos un instrumento para poner de relieve lo que la obra de Freud en primer plano la experiencia del psicoanálisis nos aporta de nuevo, donde la experiencia nos conduce a profundizar en el universo de la culpa y su lazo con la falta, la más oscura y más original cuyo término llega a plantear Freud al final de su obra, el instinto de muerte, para decirlo todo en tanto el hombre está en lo más profundo de él mismo anclado en su temible dialéctica.

Lacan comienza reflexionando respecto al placer, nos dice que muchos otros hablaron del placer como una función directiva de la ética antes que Freud, no sólo Aristóteles le presta atención sino que no puede dejar de llevarnos al centro mismo del campo de su dirección ética, donde una parte importante de la discusión de la ética de Nicómaco está destinada a poner nuevamente en su lugar la verdadera función del placer, conducida como para hacer de ella un estado que no es simplemente pasivo, así como describe Lacan el placer sin lugar a dudas encontró muchas otras modulaciones a través de las épocas como signo, estigma o beneficio o sustancia de la vivencia psíquica, pero es la analítica de Freud que se expresa un abordaje exigido del hombre hacia lo real, el principio de placer por un lado y el de realidad por el otro donde en líneas generales está el

inconsciente en uno y en el otro la conciencia, y es en este punto donde Lacan encuentra la novedad aportada por Freud, es que si hay algo sobre lo cual en principio se ejerce el gobierno del principio del placer es precisamente esta percepción donde el proceso primario nos dice Freud en la parte VII de la interpretación de los sueños, tiende a ejercerse en el sentido de una identidad de percepción, poco importa que sea real o alucinatoria; ella tenderá siempre a establecerse, y si no tiene la suerte de recubrirse con lo real será alucinatoria.

Ahora nos planteamos lo que se presenta como sustancia al sujeto, al nivel del principio del placer, es el bien del sujeto en tanto el placer gobierna la actividad subjetiva -nos dice Lacan- es el bien, es la idea del bien que lo soporta, y es por ello que en todos los tiempos los éticos no han podido hacer otra cosa que intentar identificar estos dos términos, sin embargo tan fundamentalmente antinómicos como son el placer y el bien, donde Freud (citado en Lacan, 1988) no sueña un solo momento en identificar la adecuación a la realidad con un bien cualquiera, es en el *Malestar en la Cultura* donde nos dice: seguramente la civilización, la cultura, pide demasiado al sujeto. Si hay algo que se llama su bien y su felicidad, no hay nada que esperar ni del microcosmos, es decir de sí mismo, ni del macrocosmos.

Freud no llega como un autor más que imponga únicamente su punto de vista en el problema de la ética, su importancia esta respecto a que propone para nosotros los problemas de la ética de una manera más amplia y articulada, en la medida, en que justamente, ha sintetizado y revisado a diversos autores más profundamente que nadie, sin dejar de lado su aportación y si volvemos siempre a Freud es porque ha partido de una experiencia, de una intuición inicial, esta intuición central, la intuición ética que hay en Freud para comprender esta experiencia, para animar también esta experiencia, para no extraviarnos, donde es un punto esencial reconocer la experiencia del sentimiento de culpabilidad inconsciente que nos lleva al fondo esencial al cual somos empujados a ver respecto al *Das Ding*.

Das Ding, nos dice Lacan (1988) es lo que lógicamente y al mismo tiempo cronológicamente, en el punto inicial de la organización del mundo en el psiquismo, se presenta, se aísla como el término extraño alrededor del cual va a girar todo el movimiento de la *Vorstellung* (representación), que Freud nos muestra como siendo dirigido, gobernado esencialmente por un principio regulador, que es llamado principio del placer, principio regulador ligado al funcionamiento de un aparato como tal, del aparato neuronal. Este *Das Ding* debe ser identificado con ese término del *Wiederzufinden*, de la tendencia ha reencontrar, que es para Freud la que funda la orientación del sujeto humano hacia el objeto, donde también calificamos este objeto, ya que se trata de rencontrarlo, de objeto perdido, pero este objeto en suma jamás ha sido perdido, aun cuando se trate esencialmente de recuperarlo. Y en esta orientación hacia el objeto, la regulación de la trama de las *Vorstellungen*, en tanto ellas se organiza, se llaman la una a la otra según las leyes de una organización de memoria, de un complejo de memoria, de una *Bahnung*, o sea de una facilitación pero también diríamos más firmemente de una concatenación cuyo juego nos deja entrever, bajo una forma material tal vez el aparato neuronal, estando regulada esta *Bahnung* misma en su funcionamiento, por la ley del principio del placer, a saber, ese algo que le impone esos rodeos que conservan su distancia en relación a su fin.

Así el principio de placer gobierna la búsqueda, donde su función misma es que algo se imponga a transferencia de la cantidad de *Vorstellung* a *Vorstellung*, que siempre le mantenga en cierta periferia, a cierta distancia de eso alrededor del cual, en suma, gira de ese objeto a rencontrar que le otorga su invisible ley, donde el límite tiene un nombre, es otra cosa que la polaridad placer-displacer de la cual habla Freud. Y es justamente aquí donde Lacan (1988) nos dice que se puede decir que el paso dado por Freud a un nivel del principio del placer es el de mostrarnos que no hay un bien soberano, que el bien soberano que es *Das Ding*, que es la madre, que es el objeto del incesto, es un bien prohibido y que no hay otro bien. Así se trata de concebir donde viene la ley moral tan intacta, enteramente positiva y tal que podemos rompernos la cabeza ante los muros

antes de verla trastocada, que lo que uno ha buscado en lugar de este objeto inhallable es justamente este objeto que uno reencuentra siempre en la realidad; es en tanto llegó al lugar de este objeto imposible de reencontrar a nivel del principio del placer, Freud no olvidemos, aporta a los fundamentos de la moral, el descubrimiento, dirán unos, la afirmación dirán otros de la ley fundamental, la ley primordial, aquella donde comienza lo que es la cultura en tanto se opone a la naturaleza, la ley de prohibición del incesto. Así todo lo que se desarrolla a nivel de la interpsicología niño-madre y que expresamos tan mal en las categorías llamadas de la frustración, de la gratificación y dependencia, no es más que un inmenso desarrollo del carácter esencial, fundamental, de la cosa maternal, de la madre en tanto ocupa el lugar de esta cosa, de Das Ding.

Y es allí, ese deseo del incesto que es el gran hallazgo de Freud, nos dice Lacan que allí está el deseo esencial y está designado por Freud, el incesto y en el deseo del incesto, el principio de la ley fundamental, de la ley primordial, alrededor de la cual todos los demás desarrollos culturales se desarrollan, éstas son sólo las consecuencias y las ramificaciones y al mismo tiempo identifican al deseo más fundamental, donde es justamente en el orden de la cultura donde juega la ley, y ésta tiene como consecuencia, sin ninguna duda, excluir siempre este incesto fundamental, el incesto hijo-madre, que es el punto central sobre el cual Freud pone el acento.

Así somos conducidos -nos dice Lacan- que para que algo en el orden de la ley sea vehiculizado, es menester que pase por el camino trazado por el drama primordial, por aquél que se articula en Tótem y Tabú, a saber el del asesinato del padre, y sus consecuencias, este asesinato que se nos propone al principio, en el origen de la cultura como estando condicionado por figuras de las que verdaderamente no se puede decir nada, para las que el término de temible sólo puede doblarse del de temido, tanto como de dudoso, a saber, el del personaje todopoderoso de la horda primordial, personaje mitad animal, matado por sus hijos, donde en la institución de la ley en que el arte de Freud está en ligarla para nosotros al asesinato mismo del padre, identificarla a la ambivalencia que funda

en ese momento las relaciones del hijo con el padre, a saber a ese retorno del amor después de llevado a cabo el acto donde se ve bien que justamente allí reside todo el misterio, y que en suma está hecho para velarnos la falla, que consiste en esto: no sólo el asesinato del padre no abre la vía hacia el goce que la presencia del padre se suponía que prohibía, sino, si se puede decir, refuerza la prohibición, todo está allí y es eso lo que puede denominarse según todos los puntos de vista la falla. Es decir estando exterminado el obstáculo bajo la forma del asesinato, el goce no es menos prohibido, aún más, ésta prohibición es reforzada, donde esta falla prohibidora es pues, si se puede decirlo, sostenida, articulada, tornada visible por el mito, pero es al mismo tiempo, profundamente camuflada por él, ya que lo importante de Tótem y Tabú es ser un mito, como se ha dicho, quizás el único mito del cual haya sido capaz la época moderna, y es Freud quien lo ha propuesto.

Todo ejercicio del goce implica algo que se inscribe en este libro de la deuda en la ley, Freud (citado en Lacan, 1988) escribe *El Malestar en la Cultura* para decirnos que todo lo que viró del goce a la prohibición va en el sentido de un refuerzo siempre creciente de la prohibición, quienquiera se aplique a someterse a la ley moral, ve siempre reforzarse las exigencias cada vez más minuciosas, más crueles de su superyó, ¿Por qué no sucede lo mismo en sentido contrario? Es un hecho, que no hay nada, y que quienquiera avance en la vía del goce sin frenos, en nombre de cualquier forma que sea de rechazo de la ley moral, encuentra obstáculos cuya violencia nuestra experiencia nos muestra todos los días bajo formas innumerables, y que no suponen menos quizás, algo único en su raíz.

Así es con la tragedia de Antígona donde Lacan (1988) nos dice que es un punto capital de nuestra materia: la materia de la ética, Antígona es tragedia, tragedia, para los analistas, que está presente en el primer plano de nuestra experiencia, manifestada como tal por las referencias que Freud impulsado por la necesidad de los bienes ofrecidos por el contenido místico de las referencias, encontró en Edipo, pero también, en otras tragedias, donde la tragedia de Antígona está ligada a la raíz de nuestra experiencia, más profunda y

originalmente aún que por su lazo a ese Complejo de Edipo, y es en la tragedia, donde se nos dice que alcanza su culminación, la catarsis, la purga de esos pathémata (de las afecciones del alma), de esas pasiones del temor y la piedad.

Vemos, en Antígona ese punto de mira que define al deseo, punto de mira que va, sin ninguna duda, hacia una imagen central que Lacan (1988) nos dice, hace lagrimear en el momento en que se la mira y que, sin embargo, esta imagen está, precisamente en el centro de la tragedia, en tanto es la imagen de Antígona misma en todo su esplendor fascinante, más allá de los diálogos, de la familia y del patrón más allá de todos los desarrollos moralizantes, es precisamente ella quien nos fascina con ese esplendor insoportable, con eso que ella posee que nos retiene y a la vez nos prohíbe, en el sentido en que nos intimida; con ese acorde desconcertante, en último término, que tiene la imagen de esta víctima tan terriblemente voluntaria, donde hemos buscar el verdadero sentido, el verdadero misterio, el verdadero alcance de la tragedia.

Respecto en el inicio de esta formulación, la pieza, tal como está construida por Sófocles, nos presenta, en primer lugar, a Antígona en su dialogo con Ismena, afirmando desde las primeras réplicas su propósito, las zonas de ese propósito, es secundariamente cuando vemos, entonces, aparecer a Creonte, no esa allí ni siquiera en contraposición; sin embargo, es esencial a nuestra de postración en la medida en que viene a ilustrar aquí lo que hemos anticipado en cuanto a la estructura de la ética trágica, que es la del psicoanálisis, Creonte ilustra esto: él quiere el bien, lo cual, después de todo, es precisamente su rol, el Jefe es aquél que conduce la comunidad, es allí por el bien de todos. ¿Cuál es su falta? Aristóteles (citado en Lacan, 1988) nos lo dice y con un término que promueve como esencial en la acción trágica: es el término amartía, donde tenemos cierta dificultad para traducir ese término, ¿Error? y desvío en la dirección ética, ética por momento convengamos en interpretarlo: error de juicio, Aristóteles hace de este error el inicio de algo esencial al resorte trágico.

En las tragedias, particularmente en las de Sófocles existe la amartía, ella es verdadera, es reconocida, donde el término amartía, de amartémata, se encuentra en el discurso de Creonte mismo, cuando, al final se derrumba bajo los golpes de la suerte, o es al nivel del verdadero héroe que está la amartía; es al nivel de Creonte que está este error de juicio, su error de juicio, donde para Creonte es el querer hacer de ese bien la ley sin límites, la ley soberana, la ley que desborda, que supera un cierto límite, y no percibir más que cuando franquea este famoso límite que se trata de las Leyes no escritas de la Dike, esta Dike de la cual se hace la justicia, el decir de los dioses.

Pero existe un término alrededor del cual se sitúa el drama de Antígona, ese término que se reencuentra en el texto repetido ese término es Átë, lo que designa el límite que la vida humana no podría franquear por mucho tiempo, y es en el texto del Coro, en este lugar, es significativo e insistente. ektós átas, más allá de este Átë, es allí donde se puede pasar más que un muy corto tiempo; es allí donde quiere ir Antígona y no se trata de una expedición lastimera, literalmente ella no nos oculta nada acá de lo que se trata: ella no puede más, su vida no vale la pena ser vida, ella vive en la memoria del drama intolerable de aquel de quien ha surgido , esa cepa que acaba de nadificarse bajo la figura de sus dos hermanos, ella vive en el hogar de Creonte, sometida a su ley y eso es lo que no puede soportar.

Lo que sorprende en todo el final de "Antígona " es que Antígona sufre una desdicha, si puede decirse, igual a todos aquellos que son capturados, en lo que podría llamarse el juego cruel de los dioses, ella aparece allí aún desde afuera, y para nosotros en tanto que víctima en de tragedia, pero ella está allá, de algún modo como víctima y holocausto, completamente a pesar de sí, donde nada menos dionisiaco que el acto de Antígona y su figura, en la medida en que Antígona lleva hasta el límite el cumplimiento de lo que podría llamarse el deseo puro, el puro y simple deseo de muerte como tal, es en la medida en que ella lo encarna, pues reflexiona bien en ello, si su deseo es del otro y suspenderse en el deseo de la madre, allí está el origen de todo, donde el deseo de la madre es un

deseo que ha tenido esa singular propiedad de ser ,a la vez, el deseo fundador de toda la estructura y de lo que ha hecho surgir a estos hermanos únicos: Etéocles, Polínice, Antígona e Ismena, pero es, al mismo tiempo, un deseo criminal.

Así Lacan (1988) nos dice "Antígona" es muy importante, hay que darnos cuenta retrospectivamente que esta imagen Antígona, está allí absolutamente latente, fundamental; Ella es esencial y forma parte de vuestra moral, lo quieran o no, y es por ello que es importante reinterrogar al sentido, se trata, nada menos que de la reinterpretación de todo el sentido de mensaje sofocleano, lo que trata Lacan mostrarnos es que, antes de toda la elaboración ética de la moral que nos ha sido legada, antes de Sócrates, Aristóteles y Platón, antes de los griegos, él muestra al hambre y lo interroga en las vías de la soledad y nos sitúa al héroe en esta zona de usurpación de la muerte sobre la vida que es el campo donde se ejerce lo concerniente a la zona de su verdadera relación, que es la de la relación a lo que ha llamado aquí la segunda muerte; esta relación al ser, en tanto que suspende todo lo que se relaciona con la transformación, en el ciclo de las generaciones y las corrupciones con la historia misma, que nos lleva a un nivel más radical que todo, y en tanto que, como tal, él está suspendido del lenguaje, expresándose en los términos de Levi-Strauss, incitado por la relectura de Antígona, es precisamente en estos términos que se ha expresado al hablarle personalmente Antígona, frente a Creonte, situada como la sincronía opuesta a la relación de la diacronía.

Lacan nos ha llevado por un análisis de Antígona sin acabar como dice él "He dejado a mitad de camino, al fin de cuentas, todo lo que habría podido decirles sobre el texto de Antígona", donde finalmente nos plantea acerca de lo que él llamaría la utilización divina de Antígona y que, desde ese punto de vista, se puede abordar más de una aproximación, más de un testimonio del hecho que Antígona colgada en su tumba, nos evoca otra cosa que el acto del suicidio: la relación con toda suerte de heroínas colgadas, de mitos de la jovencita colgada, de un cierto mito de Erigone, por ejemplo, ligada al advenimiento del culto de Dionisos, su padre, a quien Dionisos ha dado la vida, falto de un buen

conocimiento de su uso, ha abusado de ella, el padre muerto y su hija acaba de colgarse sobre su tumba, este es un mito explicativo de todo un rito donde vemos imágenes de Jovencitas más o menos simplificadas, simbolizadas, suspendidas de los árboles, que en la perspectiva sofocleana el héroe no tiene nada que hacer con esta utilización y que Antígona es la que ya ha elegido su trayectoria hacia la muerte, personaje que llega hasta las últimas consecuencias en su deseo (Lacan, 1988).

Dice lacan (1988) que el analista debe pagar algo para sostener su función, ya sea que pague con palabrea de sus interpretaciones, ya sea que pague con su persona en que pueda decirse que toda la evolución presente del análisis es el desconocimiento del cual él es literalmente desposeído por la transferencia, es decir, sea lo que sea que él piense de eso, y cualquiera sea su recurso pánico the counter-transference es necesario que él pase por allí.

No es sólo él quien está allí con aquél, frente a frente, de quien ha tomado un cierto compromiso, y que al fin es necesario que pague con un juicio concerniente a su acción, esto es, al menos, sin embargo, un mínimo de exigencia, el análisis es un Juicio –Lacan dice– que lo que él hace es exigible para todos en todas partes y que, en verdad, lo que puede parecer escandaloso anticiparlo, es probablemente, por alguna razón que por un cierto lado tiene altamente conciencia de que él no puede saber lo que hace en psicoanálisis, hay una parte de esta acción que permanece, a él mismo, velada, esto es lo que justifica el punto que plantea la cuestión de lo que una posibilidad similar, aquella que nos es dada por la relación al inconsciente tal como ha sido abierto por Freud, de lo que ello comporta como consecuencias éticas generales, esto es, evidente, para aproximarnos a la ética del psicoanálisis.

Primeramente es fin del análisis; ¿es eso lo que se nos demanda? Si lo que se nos demanda es, al fin de cuentas, lo que es necesario llamar con una palabra simple que es, efectivamente, lo que se nos demanda: la felicidad, esta demanda de felicidad, es precisamente de lo que se trata. El psicoanálisis como figura dialéctica, no podría tener allí satisfacción de ninguno fuera de la

satisfacción de todos, donde a propósito de dialéctica, viene a presentificar, para nosotros, qué el fin aparece como indefinidamente alejado, no es entonces, a falta del análisis que la cuestión de la felicidad no pueda articularse de otro modo si no es en la medida en que, como lo dice Saint Justs (citado en Lacan, 1988) la felicidad ha llegado a ser un factor de la política, es decir es que por el hecho de la entrada de la felicidad en la política que estas cosas, por el momento, para nosotros, en lo concerniente a la felicidad, son rechazadas como una etapa necesaria, previa, primordial al nivel de la satisfacción de las necesidades para todos los hombres.

Lo que el analista tiene para dar, contrariamente al partenaire del amor, es esto es a saber: lo que él tiene, y lo que él tiene es, como en el analizado, no otra cosa que su deseo, con la única excepción que éste es un deseo advertido, a decir verdad, esto es efectivamente lo que sucede, estamos por demás inclinados a olvidarla, tanto en las promesas que creemos poder hacer, como en las que podemos creer hacernos a propósito de tal o cual desenlace de nuestra terapéutica, es grave y es aún más grave cuando estamos en posición de dar al análisis todo su alcance, es decir cuando estamos frente al final concebible del análisis en su función didáctica en el pleno sentido del término, donde en la línea recta con la experiencia freudiana, la dialéctica de la demanda, de la necesidad y del deseo, ¿es acaso sostenible reducir el éxito del análisis a una posición de confort individual, vinculada a esa función con toda seguridad fundada y legítima que podemos llamar el servicio de los bienes?, bienes privados, bienes de la familia, bienes de la casa, y también otros bienes que nos solicitan, bienes de la profesión, del oficio, de la ciudad.

Lacan (1988) nos plantea que estamos fundamentalmente en el mismo punto que Edipo, aunque no lo sepamos, en cuanto al padre que Edipo conoció, él no es, precisamente, como lo indica el mito de Freud, más que el padre una vez muerto, donde su única función en nuestra articulación, es ser un mito, siempre y únicamente el Nombre-del-Padre, es decir, nada más que el padre muerto, como Freud nos lo explica en *Tótem y Tabú* (1913), pero, obviamente, para que esto sea

plenamente desarrollado es necesario que la aventura humana, aunque más no fuese en su esbozo, haya sido llevada hasta su término, a saber, que la zona en la que avanza Edipo después de haberse desgarrado los ojos haya sido explorada, y así esta región así definida nos permite plantear los límites que iluminan cierto número de problemas que la teoría y la experiencia psicoanalítica plantean, la de la interiorización de la Ley, y aun todavía habría que saber porque, donde es posible que el Superyó sirva de apoyo a la conciencia moral, pero nada tiene que ver con ella en lo que concierne a sus exigencias más obligatorias, ya que lo que exige no tiene nada que ver con aquello que tendríamos derecho a hacer la regla universal de nuestra acción, es el abc de la verdad analítica, donde no basta constatarla, hay que dar razón de ella.

Finalizando Lacan menciona que la ética consiste esencialmente en un juicio sobre nuestra acción, haciendo la salvedad de que sólo tiene alcance en la medida en que la acción implicada en ella también entrañe o supuestamente entrañe un juicio, incluso implícito, donde la presencia del juicio de los dos lados es esencial a la estructura, y si hay una ética del psicoanálisis, es en la medida en que de alguna manera, por mínima que sea, el análisis aporta algo que se plantea como medida de nuestra acción, donde la única cosa de la que se puede ser culpable, al menos en la perspectiva analítica, es de haber cedido en su deseo, es decir en último término, aquello de lo cual el sujeto se siente efectivamente culpable cuando tiene culpa, de modo aceptable o no para el director de conciencia, es siempre, en su raíz, de haber cedido en su deseo, donde ceder en su deseo se acompaña siempre en el destino del sujeto, de alguna traición, o el sujeto traiciona su vía, se traiciona a sí mismo y él lo aprecia de este modo, o más sencillamente, tolera que alguien con quien se consagró más o menos a algo haya traicionado su expectativa, no haya hecho respecto a él lo que entrañaba el pacto, el pacto cualquiera sea éste, fasto o nefasto, precario, a corto plazo, aún de revuelta, aún de fuga, poco importa. De aquí derivamos ciertas proposiciones: la única cosa de la que se puede ser culpable es de haber cedido en su deseo; el segundo, la definición del héroe, aquel que puede ser impunemente traicionado; y tercero, esto no está al alcance de todo el mundo y es la diferencia entre el

hombre común y el héroe, más misteriosa pues de lo que se cree, para el hombre común, la traición, que se produce casi siempre, tiene como efecto el arrojarlo definitivamente al servicio de los bienes, pero con la condición de que nunca volverá a encontrar lo que lo orienta verdaderamente en ese servicio. Finalmente, el campo de los bienes, naturalmente eso existe, no se trata de negarlos, pero invirtiendo la perspectiva esta cuarta proposición: no hay otro bien más que el que puede servir para pagar el precio del acceso al deseo, en la medida en que el deseo lo hemos definido en otro lado como la metonimia de nuestro ser, el arroyuelo donde se sitúa el deseo no es solamente la modulación de la cadena significante, sino lo que corre por debajo de ella, que es hablando estrictamente lo que somos y también lo que no somos, nuestro ser y nuestro no-ser, lo que en el acto es significado, pasa de un significante a otro en la cadena, bajo todas las significaciones.

Pero llegamos a este punto de mano de Lacan, hace falta que yo pague algo, Freud la pesa en un rincón de El malestar en la cultura; sublimen todo lo que quieran, hay que pagarlo con algo, ese algo se llama el goce, esa operación mística la pago con una libra de carne, este es el objeto, el bien, que se pague por la satisfacción del deseo, donde lo importante es flanquear los límites de la exploración ética, en tanto ciencia del deseo, donde esta ciencia, que ocupa el lugar del deseo, sólo puede ser una ciencia del deseo bajo la forma de un formidable punto de interrogación, y esto sin duda no deja de tener un motivo estructural, en otros términos, la ciencia es animada por algún misterioso deseo, pero ella, al igual que el inconsciente, tampoco sabe que quiere decir ese deseo.

“Los seres humanos comienzan y comenzaron siempre a filosofar movidos por el asombro. Pero quien se plantea problemas y se admira reconoce su perplejidad; por eso también el que ama los mitos es en cierto modo filósofico, pues el mito se ocupa de elementos maravillosos”

Aristóteles

4. CONCLUSIONES DE LA ÉTICA Y LA EPISTEMOLOGÍA EN EL PSICOANÁLISIS

Reconozco que el analizar la temática de la ética y la epistemología es un arduo trabajo, cada una presenta diversas implicaciones, donde cuyo análisis abarca un estudio multidisciplinario, y esta tesina representa un humilde acercamiento respecto a estos grandes temas, más aun el del psicoanálisis que desde su especificidad epistemológica y su aportación a la ética, abre muchas líneas de análisis, que sería difícil presentar toda su dimensión. Pude presentar en esta tesina mi análisis de la temática de la ética en congruencia con la epistemología del psicoanálisis, a partir de tres caminos, el primero sustentado en el hecho de que al analizar la epistemología del psicoanálisis me fue evidente encontrar que el planteamiento de una especificidad propia del psicoanálisis abre un cuestionamiento respecto a la ética, más bien a un sentido ético, hablo de la epistemología de Freud y la epistemología freudiana, donde la presencia de lo ético ejerce su fuerza donde Freud en su contacto con las histéricas descubre el camino del inconsciente, nos dice Levinas(citado en Del Prado, 2001) “la ética es una “óptica” es decir una postura, donde la teoría y la práctica establecerán una relación con lo “Otro” o la verdad, cuya vía real es la ética, donde el establecimiento de este primado de lo ético es decir de la relación entre hombre a hombre -que es significación, enseñanza y justicia- es el primado de una estructura irreductible en la cual se apoyan las demás relaciones...” incluyendo la relación del hombre y la ciencia, así justifico la implicación de lo ético en la epistemología de Freud como preocupación primera, además los vínculos de

Freud con Fliess cuya superación se suele atribuir a la creación del psicoanálisis donde es equiparable al proceso de transferencia, donde es con Fliess con quien Freud realizó su propio análisis y de algún modo estableció el modelo del análisis que los analistas posteriores no podrán sino repetir, así la transferencia que se generara entre el analizado y el analista, implicara una dimensión ética, donde como menciona Cosaka & Dujoune (1994) debe existir el final del análisis pero solo se deberá dar con ética y de aquí surge mi el segundo camino en lo clínico que Freud desarrollo, donde la implicación ética ejercerá una crítica en voz de Wittgenstein, que nos dirigió a cuestionarnos diversas implicaciones entre ellas como en el psicoanálisis la interrogación ética se encuentra agudizada, y finalmente el revisar la producción teórica donde como menciona Wallwork (1994) la producción teórica de la moral en Freud es basta, que nos remite a reflexiones éticas.

Pero esta revisión respecto a la ética no pudo haberse desarrollado sin primero establecer un análisis de la epistemología del psicoanálisis, si la ética nos remite por definición de diccionario “la reflexión teórica sobre la moral” el del psicoanálisis nos lleva más allá, donde no veremos a Freud como un teórico más de la historia de la ética, sino el pensar en una ética totalmente distinta, una ética que confronta al sujeto con lo que es su deseo. Y esto no sorprende, si lo analizamos desde todo lo que implicó el surgimiento del psicoanálisis, podremos constatar que Freud posee reflexiones éticas como científico y más aun como sujeto de su propio deseo, su producto el psicoanálisis no está exento de estas reflexiones, es decir tanto en la teoría como en la clínica podemos constatarlo. En la teoría no podemos negar que el hallazgo fundamental que hizo Freud a partir de su encuentro inaugural con la histeria es el de la división del sujeto, allí donde la psicología había pretendido percibir siempre un ser que se definiría por su unidad, el psicoanálisis viene a proponer algo distinto con su tesis básica de que se encuentra escindido, atravesado por un conflicto irresoluble, el descubrimiento del inconsciente, donde como dice Lacan en su seminario XI:

“El estatuto del inconsciente, que como les indico es tan frágil en el plano óptico, es ético. Freud, en su sed de verdad dice -Sea lo que sea, hay que ir a él -porque, en alguna parte, ese inconsciente, se muestra...No es bajo un modo impresionista que quiero decir que su quehacer es aquí ético, no pienso en ese famoso valor del sabio que no retrocede ante nada, imagen a moderar, como todas las demás. Si formulo aquí que el estatuto del inconsciente es ético, y no óptico, es precisamente porque Freud no lo pone en evidencia cuando da su estatuto al inconsciente...Freud reduce todo lo que llega a sus oídos a la función de puros significantes, a partir de esta reducción se da la operación, y así puede aparecer, dice Freud, un momento de concluir, un momento en que él siente que tiene el coraje de juzgar y de concluir. Esto forma parte de lo que llamé su testimonio ético...”.

Como vemos la implicación ética está presente en este inaugural concepto de la epistemología del psicoanálisis, a lo que me refiero es que tanto el proceso de constitución del psicoanálisis como su producción teórica implica una reflexión ética caracterizada por la epistemología del psicoanálisis, así como menciona Gerber (2006) “la tradición psicoanalítica ha hecho una división de la obra freudiana entre escritos específicos del psicoanálisis y escritos “sociales”. Es una división improcedente pues desconoce la articulación indisoluble que existe entre la teoría psicoanalítica de la cultura y la teoría de la transferencia...que aquello que se presenta en el fenómeno de las masas tiene su paradigma en lo que ocurre en un psicoanálisis.”, yo agregaría una articulación más que une los textos de Freud, la reflexión ética, no sólo por la presencia de la temática de la moral (Tótem y tabú, Psicología de las Masas, el Malestar en la Cultura, etc.) sino por su especificidad epistemológica, es decir siguiendo el análisis de Braustein (2004) nos dice:

“El proyecto de las ciencias (así, en minúsculas y en plural) es el de apropiarse de lo real por medio de lo simbólico. Inventar notaciones, letras, números y fórmulas para operar sobre el mundo transformándolo. El requisito epistemológico ha sido la exclusión de lo singular y de lo accidental, de lo especular, de los mitos y de los relatos no verificables, de los yoes, en una palabra, de lo imaginario...desde el psicoanálisis, en cambio, nos planteamos

revelar y develar la condición de los sujetos escindidos en su ser por la división entre el saber y la verdad. Estos son los sujetos del edipo, de la transferencia, del inconsciente, de la represión, del narcisismo, etc. Son dimensiones ineludibles en la estructura del ser que habla, presentes en toda actividad humana, incluyendo a la ciencia y a su productor, el científico.”

Y concluye a mí parecer de manera acertada y dándonos el camino a una reflexión mayor respecto a la epistemología y la ética:

“En quienes reflexionan sobre la relación del psicoanálisis con la ciencia, no es para adornarse con referencias más o menos prestigiosas sino para plantear que el abordaje de lo real en su complejidad no puede basarse en la obturación de la pregunta por el sujeto y en el destierro de la dimensión imaginaria. No importa tanto si el psicoanálisis es o no es científico sino qué sería de las ideas de cientificidad y de racionalidad si se hiciese un lugar en ellas a la cuestión del sujeto. Y ese no es sólo un problema epistemológico. Es un problema para quienes se dedican a la producción de conocimientos. ¿Qué clase de problema? UN PROBLEMA ÉTICO”.

Podemos denotar como de las implicaciones epistemológicas del psicoanálisis se deriva un campo crítico respecto a la ética, despegado de las ideas de la supuesta “neutralidad” de la ciencia, a lo que en esta tesis revise varios autores (Fernández (2000), Clavel (2010), Echeverría (1995) y Olive (2000)) que nos presentan como las epistemologías de las ciencias implican una posición respecto del propio científico, motivaciones inconscientes y por lo tanto una cuestión ética implicada, y así pensar en la ética desde el psicoanálisis me hizo dar cuenta de la especificidad epistémica en la que se articulan dos saberes: sobre lo inconsciente y de lo consciente; dos discursos: teórico y clínico; y tres dimensiones: la transferencia, la interpretación y la teoría. Y es en lo clínico donde creo alcanza su máxima expresión, por un lado en lo que es la experiencia analítica del analizante que desde la revisión de Assoun (1992) respecto a Wittgenstein y Freud llegamos a ver como punto culminante y crítico a la ética, pero por otro lado surge un cuestionamiento respecto del deseo, del deseo del

analista, que implicará también el preguntarnos sobre el análisis terminable o interminable.

Pensar la experiencia analítica como experiencia ética es abordar al psicoanálisis como campo fértil para desarrollar una nueva perspectiva en materia de ética, que no pretende ya una fundamentación de la moral sino que más bien permite arrojar luz sobre aquellos oscuros temas que la propia epistemología del psicoanálisis vino a dar cuenta de ellos, de la subjetividad, del inconsciente y del su vínculo de la ética con el deseo, en este sentido, el psicoanálisis aporta una perspectiva, una mirada, una interpretación que no siendo completamente ajena a sus implicaciones ontológico-antropológicas nos sitúa en el terreno de la ética. Así Lacan en el Seminario 7 articula una ética del psicoanálisis y es en este escenario donde vemos abrirse una reflexión respecto del sujeto, constituido siempre en el campo del Otro, del lenguaje, la cultura, el significante, la falta, el inconsciente, el deseo y la ley donde la dimensión ética puede ser pensada, rearticulada y nos posibilita situar el origen de la moral en un sentimiento de culpa asociado a la emergencia de un deseo, donde el origen de la ley no está en otro lugar que en el deseo mismo.

La ética analítica no es una ética del deber ni de los bienes, sino más bien una ética del deseo, de lo que se trata, es precisamente de ir más allá del deber y de aquella ley que sujeta al sujeto a una relación mórbida, dolorosa y destructiva con su propio deseo, de lo que se trata es pues, de ir hacia el desvelamiento de esa verdad particular, la de su propio deseo, que se oculta detrás de las estructuras fantasmáticas y defensivas del yo, donde Lacan se pregunta si el verdadero deber del psicoanálisis no es precisamente ir contra ese imperativo que somete al sujeto a una ley que siente como extraña y paradójica, así para Lacan la experiencia analítica no debe fortalecer al yo sino más bien debilitar sus armaduras, desarticular sus ilusiones narcisistas y defensivas, donde la interpretación lacaniana de la célebre frase de Freud: *Wo es war, soll ich werden*, traducida aproximadamente como: "Allí donde ello era, allí como sujeto debo

advenir” (Clément, 1981, pp.142), no sugiere otra cosa que ese punto de develamiento de la verdad del propio sujeto, punto donde ha de advenir algo que aparezca como sujeto del deseo, es decir lo que el psicoanálisis pretende es crear las condiciones para que algo pueda advenir como sujeto de deseo, esto es, crear las condiciones para la articulación de un saber, aquel que se esconde en el pliegue de ocultamiento del sujeto, y de una relación singular del sujeto con ese saber, capaz de articular un pensamiento diferente, de forjar un nuevo significante, el desvelamiento de la verdad oculta del sujeto, su sufrimiento, el desmoronamiento de las estructuras fantasmáticas tras las cuales ese pensamiento de deseo se esconde, esa caída, abre paso a la rearticulación de la experiencia ética, que Freud viene a proponernos inaugurando además una epistemología, la del psicoanálisis.

Pero ¿qué ética se desprende de la obra de Freud?, Gerber (2006) nos dice: “no es una nueva forma del estoicismo...más bien impone como exigencia fundamental no ceder al deseo” (pp.38), “... en el psicoanálisis no hay lugar para la existencia de los incondicionales; su ética es la de no ceder en el mantenimiento de una condición absoluta que puede descentrar al sujeto de la función de simple instrumento al servicio del Otro: del deseo” (pp.229), “No hay más que esta exigencia ética, exigencia de soportar lo insoportable renunciando a toda tentación de dar consistencia al Otro porque todo afán por llevar esto a cabo conduce inevitablemente al sacrificio”(pp.229). Podemos denotar que el pensar de la ética dentro del psicoanálisis nos dirige a preguntarnos respecto al deseo, al sujeto y al Otro, pero logra su máxima implicación respecto a la cura analítica, así lo menciona Derreza (1991) cuando plantea que: “en contraposición a una ética del Bien, lo que el psicoanálisis anuncia es una ética de la falta; a la demanda de felicidad absoluta, inalcanzable o mortal...es por esa razón, al prefigurarse una ética del psicoanálisis, que la definición del fin de análisis ...sufrir una modificación de gran envergadura, no se trata más de alcanzar la plenitud, de pronunciar la "palabra plena", sino por el contrario, de asumir la condición humana en su irreparable incompletud”.

Esto me llevó a preguntarme respecto al deseo del analista donde Lacan (1988) puntualiza este camino a seguir del deseo: “El analista, no solamente lo que se le demanda, el Soberano Bien, el no lo tiene sino que además sabe que no existe. Haber llegado a su término un análisis no es más que haber encontrado ese límite en el que se plantea toda la problemática del deseo”. Y es en el “deseo puro” donde Gerber (2006) nos dice que Lacan hace una evocación al héroe trágico Edipo por un lado y Antígona por otro, personaje que llega hasta las últimas consecuencias en su deseo, sin ceder respecto de él, ni ante el temor o la traición, llegando hasta las últimas consecuencias, sin someterlo a ningún tipo de condición, y es en este sentido como paradigma del sujeto en análisis podría llevar a pensar que la ética del psicoanálisis se definiría como la que plantea una posición subjetiva incondicionada donde el bien, el bienestar o la sensatez tendrían lugar, donde el “deseo puro” sería entendido como el deseo “en sí mismo” fuera de toda relación con la demanda, como la “dimensión trágica”, es decir asociado al dolor y la muerte, más allá de la culpa y la deuda, donde el objetivo de la cura psicoanalítica será conducir al sujeto a ese deseo.

Pero surge un cuestionamiento respecto a si el deseo del analista podrá definirse como un “deseo puro”, nos explica Gerber (2006) “Antígona... se introduce en el “espacio entre dos muertes” de lo indecible y determina que en su imagen brille la pulsión en tanto pulsión de muerte, donde definirá la relación con el objeto que “es lo que es” el hermano insustituible, elección tautológica, permitiéndole fundamentar lo que Lacan llama “autonomía”, esto es, darse a sí misma una ley, más allá de las leyes que someten a todos, una ley no escrita, equivaliendo al “deseo puro” como una modalidad de deseo en la que no es posible distinguir entre deseo y goce.

Pero posteriormente Lacan en su seminario XII retorna hacia la cuestión del “deseo puro” pero lo hace para oponerle el “deseo de la diferencia absoluta” como lo que define al deseo del analista: “el deseo del analista no es un deseo puro, es

un deseo de obtener la diferencia absoluta” realizando una toma de distancia respecto a definir el deseo del analista por medio de la figura del héroe trágico , es decir como un “deseo puro”, donde “diferencia absoluta” puede entenderse como la verdad de la castración, diferente del sacrificio de lo patológico que lleva hasta el crimen, pero también de la represión que somete el deseo a la ley edípica, donde la ley evocada es la ley edípica vivida fantásticamente por el sujeto como prohibición impuesta por Otro exento de falta, por esto cuando esa ley se impone el deseo desfallece en la medida que triunfa la represión como estrategia para seguir creyendo en la omnipotencia del Otro y negar su falta que es lo fundante del deseo, donde desde Freud el análisis pretende levantar represiones; lo que no significa una autorización para gozar sin límites sino la posibilidad de enfrentar esa falta del Otro que la represión lleva a tapar con el síntoma.

Así llegamos a una reflexión final donde nos preguntaremos, frente a estas constataciones de la clínica: ¿Debemos ser héroes en la vida cotidiana, cuando estamos frente al perjuicio, al daño que causa uno a otro, por medio de la ofensa, del rechazo, de la decepción? Se nos ocurre solo esta respuesta: podremos estar libres respecto de la figura del héroe, libres frente a este mito que se piensa en nosotros sin saber, solo con la condición de que reconozcamos que la Cosa es precisamente aquello que la culpa, que el sujeto "pone", trata de mantener en lo inalcanzable, donde La ley ética, que requiere de la "puesta" de la culpa, es lo que le indica al sujeto que debe mantener con la Cosa una relación a distancia, pero sin renunciar al intento de representarla en su deseo.

Creo además que entre las posibles preguntas abiertas por esta tesina una que fundamentó mi objetivo se responde ¿Qué importancia o relevancia trae el hacer un análisis respecto a la epistemología y la ética? Creo que la implicación entre ambas es indispensable, alejados del discurso de la neutralidad ética de la ciencia, tanto la producción de conocimiento como la aplicación de este remiten a la ética, en tanto sujetos, donde el deseo estará presente y determinará una posición ética respecto al surgimiento del deseo de saber, deseo de hacer, deseo

de transformar, etc. Pero creo que la mayor importancia reside en el hecho de que el adentrarnos en una epistemología específica lleva inevitablemente a preguntarnos respecto al otro, a tomar una posición en el mundo, y es con el análisis ético que no será un conocimiento que se pierda en el universo, sino que obtendrá un sentido donde el ethos se inscribe en la vocación de la ciencia, así preguntarnos sobre ética nos remitirá a preguntarnos desde que epistemología se fundamenta y de igual forma si preguntamos respecto a la epistemología debemos analizar que implicación ética tiene, y es en este sentido que el análisis de la ética y la epistemología sean analizados en mutua congruencia nos posibilita vislumbrar un análisis más profundo y crítico.

Llegando a este punto puedo concluir que la revisión expuesta en esta tesina, cumplió con mi objetivo de realizar un análisis respecto a la ética y la epistemología del psicoanálisis en mutua congruencia e implicación, no dejando de lado que aunque temas aun inacabados por la rica amplitud pero más por las brechas abiertas a través de las múltiples preguntas que derivan a investigación, logré dar cuenta de una firme dirección de análisis y además una personal preocupación respecto a lo que una epistemología pone al descubierto en cuanto a la ética, y más aun ahí en este específico punto respecto al deseo del analista cuya reflexión deja aun mas que investigar y esta reflexión no se queda solo en el psicoanálisis sino que a mi parecer trasciende a toda la practica terapéutica que deberá dar cuentas respecto a su ética, su epistemología, su deseo, etc.

BIBLIOGRAFIA

Aguado, I.; Aranda, B. y Ochoa, F. El origen del psicoanálisis. En: Aguado, I.; Avendaño, C. y Mondragón, C. 1999. Historia, Psicología y subjetividad. México, ENEP Iztacala, 2000.

Assoun, P. (1992). Freud y Wittgenstein. Buenos Aires: Nueva Visión.

Assoun, P (1981) Introducción a la epistemología freudiana. Buenos aires: Siglo XXI

Braunstein, N. (2004) El sujeto de la ciencia. En seminario de problemas científicos y filosóficos. UNAM México, 26 de febrero de 2004.

Cosaka, J. y Dojovne, I. (1994) Lecturas freudianas y ética del psicoanálisis. Revista de Psicoanálisis. 48(3), 559-566.

Clavel, F. (2010) Ética, psicoanálisis y ciencias naturales. UAM-X Tramas 33. Pp. 83-112.

Clément, C. (1981) Vidas y leyendas de Jacques Lacan. Traducción de Joaquín Jordá. Segunda edición. Barcelona: Editorial Anagrama. pp.142.

Del Prado, R. (2001) La ética como filosofía primera, de Emmanuel Levinas. México: tesis UNAM FFYL.

Derreza, S. (1991) Pulsión de muerte y ética en el psicoanálisis. UAM-X Tramas 3. Pp.63-78.

Echeverría, J. (1995) *Filosofía de la ciencia*. Akal: Madrid.

Escobar, H. (1999) *Sujeto y psicoanálisis*. Hacia una arqueología de los discursos psicológicos. México: CEUL.

Fernández, C. La especificidad epistemológica del psicoanálisis. En: Aguado, I.; Avendaño, C. y Mondragón, C. 1999. *Historia, Psicología y subjetividad*. México, ENEP Iztacala, 2000.

Gerber, D. (2006) *El psicoanálisis en el malestar en la cultura*. Buenos Aires: Lazos.

González, J. *Ética y psicoanálisis*. En: Camps, V.; Guariglia, O. y Salmerón, F. 1992. *Concepciones de la ética*. Madrid, Trotla.

Lacan J. (1964) Seminario XI "Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis". México: Paidós.

Lacan J. (1988) Seminario 7 "ética en el psicoanálisis". México: Paidós.

MacIntyre, A. (1991) *Historia de la ética*. Buenos Aires: Paidós.

Mannoni, O. "el análisis original." En: Mannoni, o. *Claves de lo imaginario*. Argentina. Amorrortu, 1979.

Olivé, L. (2000) *El bien, el mal y la ciencia*. UNAM Paidós: México.

Perrés, J. "Freud y sus epistemologías. Aportes para una epistemología freudiana." En: Perrés, J. *El nacimiento del psicoanálisis. Apuntes críticos para una delimitación epistemológica*. México, Plaza y Valdez, 1988.

Rodríguez, M. "Ética y moral". [en línea] *Revista digital universitaria* 6(3) (2005)
Dirección URL: http://www.revista.unam.mx/vol.6/num3/art19/mar_art19.pdf
[consulta: 15 de noviembre 2011].

Sánchez, A. (1973) *Ética*. Grijalvo: México. pps.239.

Freud, Sigmund. *Tótem y Tabú en obras completas*.

Wallwork, E. (1994) *El psicoanálisis y la ética*. México: CFE.

Zapata, M. (1999) *Psicoanálisis y epistemología: Una discusión vigente*. En *anuario de investigación UAM-X, Educación y comunicación* (pp. 181-192). México.